

Traducción de
PAULA LÓPEZ CABALLERO

SERGE GRUZINSKI

LA CIUDAD DE MÉXICO:
UNA HISTORIA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

AWK CIPSTPO · MAY 2014

Primera edición en francés, 1996
Primera edición en español, 2004
Primera reimposición, 2014

Gruzinski, Serge
La ciudad de México: una historia / Serge Gruzinski ; trad. de Paula López Caballero. — México : FCE, 2004
618 p. ; 17 x 11 cm — (Colec. Popular ; 566)
Título original: Histoire de México
ISBN 978-968-16-7284-3

I. Ciudad de México — Historia 2. Historia — México I. López Caballero, Paula, tr. II. Ser III. t
LC F1386.3 G78
Dewey 972 G665c

Distribución mundial

© 1996, Librairie Arthème Fayard
Título original: *Histoire de México*

D. R. © 2004, Fondo de Cultura Económica.
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55) 5227-4672. Fax: (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7284-3

Impreso en México • Printed in Mexico

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	17
<i>Primera Parte</i>	
VENECIA DEL NUEVO MUNDO	

I. <i>Obsesión por la modernidad</i>	23
Ayer en la ciudad de México	24
Los años cincuenta o la nostalgia de una época dorada	27
Los primeros rascacielos	31
La época de oro del cine mexicano	35
La Casa Azul de Frida	38
Las vanguardias de los años veinte	41
La bomba del muralismo	47
De Eisenstein a Buñuel, de Morand a Kerouac	55
El estrépiteo lejano de la Revolución	63
II. <i>La dictadura o el caos</i>	66
Una <i>belle époque</i> demasiado bella	66
La metamorfosis porfiriana	73
Teatro, música y cenas finas	75
Sueños imperiales	80
1861, "del pasado hagamos añosicos..."	83
¿Ciudad de provincia o capital del futuro?	89
Los balbucoos de la Independencia	93

III. <i>Lucas sobre la ciudad</i>	100
Un alemán en México	101
Un urbanismo ilustrado	105
De Pompeya a la ciudad de México	115
Periódicos y academias	118
Placeres y peligros del teatro	120
Aires italianos	126
La "Ciudad de los Palacios"	130
IV. <i>El orden barroco</i>	138
Ciudad barroca, ciudad sagrada	138
Un orden matemático	145
El surgimiento del ornamento barroco	149
Entre Europa y Asia	154
La historia del cometa	157
La Décima Musa o la "admirable excepción"	160
Entre la ciudad y el palacio, la plaza mayor	166
Los placeres del palacio	169
Demonios de la escena y de la música	174
Fiestas barrocas	179
El exotismo es de la fiesta	183
Entre diluvios de agua y estallidos de fuego	190
V. <i>La enraujada manierista</i>	195
"La grande y famosa ciudad de México" (1625)	196
La atracción mexicana	200
Una ciudad de múltiples rostros	206
Actores y músicos	211
¿Americana o extremadamente europea?	217
El inerte occidental	220
Los límites del manierismo	223
VI. <i>El Renacimiento importado</i>	226
Un Renacimiento importado	228
Los instrumentos del saber	233

Herencia indígena, utopía europea	235
La nueva Jerusalén	238
Aisbos de la etnografía	241
Una aristocracia al borde del colapso	243
Artistas indígenas para la ciudad española	248
Los "veteranos de guerra"	253
La caída de México	256

Segunda Parte
TENOCHTITLAN, CENTRO DEL UNIVERSO

VII. <i>El centro del universo</i>	263
El misterio de la ciudad de México	264
La vocación cósmica de los maestros de la tierra	265
Los "hijos de alguien"	271
El florecimiento mexicana	276
Tollan, la maravillosa	279
El milagro del origen	282
VIII. <i>A través del espejo</i>	287
La prehistoria desconocida	287
Primeras mezclas	289
Una vida incierta	293
Hermanos enemigos	295
La violencia de la regla	297
Rumores sobre la ciudad	301

Tercera Parte
MÉXICO, UNA CIUDAD MESTIZA

IX. <i>El imposible "apartheid"</i>		305
El caos		306
Saldo de cuentas en Tenochtitlan		311
El reino del dinero		314
La "república de indios"		318
La imbricación de las comunidades		323
Mestizos y mestizaje		326
Laboratorio urbano		330
Caballos y toros		337
Violencia urbana		340
La ciudad de los muertos		343
X. <i>India, española, negra y mestiza</i>		347
La gran inundación		348
La crisis de la ciudad india		352
México la africana		357
La ciudad de los solteros		363
Amor, magia y sensualidad		371
Las cenizas del pecado		378
Corrupción, tabernas y baños de vapor		383
Los sobresaltos del volcán		389
La plebe barroca		397
XI. <i>Integración e hispanización</i>		401
Imágenes y nomenclaturas		401
Los caminos del mestizaje		404
Hispanización y clase media		409
Los obstáculos a la integración		412
La ciudad india		415
Los marginados		420
El orden barroco cuestionado		
		423
Las reacciones de la calle		
		434
VII. <i>La independencia o el cascarón rojo</i>		
		441
Los cinco últimos años de San Juan Tenochtitlan		
		442
La muerte legal de la ciudad india		
		446
La aparición del pueblo en política		
		448
El tiempo detenido		
		453
Misericordia sobre la ciudad		
		456
Arrabales inquietantes		
		459
El irresistible avance de la modernidad		
		463
Apoderándose del centro		
		465
La herencia humana de la ciudad antigua		
		469
VIII. <i>El reverso de la modernidad</i>		
		476
La gente de arriba y la gente de abajo		
		477
El soplo de laicidad		
		479
El imperio del progreso y de la especulación		
		483
Civilizar los arrabales		
		487
La ciudad posevolucionaria		
		490
La ciudad del cine y de la radio		
		492
La ciudad clandestina		
		497
NIV. <i>Metrópolis</i>		
		502
Frenesi de modernización		
		503
Los nuevos tanguis		
		505
La otra ciudad		
		507
La aparición de las Marías		
		511
La sangre de los estudiantes		
		513
Malestar en la ciudad		
		517
La nueva imagen prodigiosa		
		519
En el umbral de los años ochenta		
		524

XV. <i>La ciudad posmoderna</i>	534
El apocalipsis día tras día	535
La tierra tiembla en la ciudad de México ...	538
Superbarrio y las estrellas de la lucha libre ..	542
¿Una ciudad neobarroca?	545
Nuestra Señora de las Imágenes	547
María, Frida y Paquiza	551
Rock mesizo en la ciudad de México	555
<i>Total Recall</i>	559

Para Pedro Pérez
in memoriam

ANEXOS

Cronología	565
Bibliografía	575
Discografía	589
Filmografía	595
<i>Índice onomástico</i>	597
<i>Índice de nombres de lugares</i>	609

NOTA AL LECTOR

Es difícil establecer una bibliografía satisfactoria de la ciudad de México. El lector recordará que la redacción de este texto se terminó en 1995 y que estaba destinado a un público francés, poco familiarizado con la historia mexicana. En 1995 pocos títulos estaban disponibles en francés a excepción de los trabajos de Jacques Soustelle, Michel Graulich y Christian Duverger para la época prehispánica; los de Solange Albert, François-Xavier Guerra, Annick Lempérière para la época colonial y moderna; los de Claude Fell, Jérôme Monnet y Claude Bataillon para la ciudad contemporánea.

Los archivos de la ciudad de México y los de Indias en Sevilla (AGI) conservan muchísimos documentos sobre la historia de la ciudad desde el Renacimiento: las crónicas de viajes (siglos XVI-XX) constituyen otra fuente considerable a la cual conviene agregar, desde la conquista española, la mayor parte de las obras notables de la literatura colonial, independiente y contemporánea, abanico que se abre con Hernán Cortés y se cierra con las últimas novelas publicadas en nuestros días. Señalemos en el dominio historiográfico los trabajos pioneros del equipo de Alejandra Moreno Toscano (INAH) para la época colonial y las importantes aportaciones de los investigadores del Instituto Mora para las épocas posteriores. Para el lector particularmente cu-

rioso del siglo XIX existen buenas referencias bibliográficas comentadas en Gortari Rabiela (1988²).

Pero hay otras fuentes además de los testimonios escritos: la arqueología, el arte, el teatro, la música, la pintura, el cine y la televisión ofrecen miradas indispenables sobre la evolución de la ciudad.

PRÓLOGO

Quizá haya mil maneras de escribir la historia de la ciudad de México desde sus orígenes hasta nuestros días. En todo caso, pocos se han arriesgado y menos aún pueden pretender haber salido adelante de manera honorable. Sin duda, las razones para interesarse en la capital de México abundan. Su misterioso origen precolombino, su pasado "azteca", la conquista española entre Dios y el diablo, su gigantismo de fin de siglo o aun su obstinación, cualquiera que sea la época, por querer figurar entre las megalópolis del mundo; la aglomeración de hoy rebasa o le pisa los talones a Nueva York o Tokio, encabezando el pelotón. La lista de preguntas podría extenderse al infinito de lineando los recuerdos prestigiosos y los récords odiosos —la contaminación atmosférica, las ciudades perdidas—. Precursor del enfoque apocalíptico, Julio Verne no pudo evitar esta observación en *Un drama en México*: "¿No sabe usted que todos los años se cometen mil asesinatos en México y que estos parajes no son seguros?"¹ Invirtamos la visión y tenemos, al término del primer siglo de dominación española, el elogio dionisíaco del cronista Suárez de Peralta: "Primero que se halle otro México [...] nos veremos los pasados

¹ Julio Verne, *Un drama en México*, prólogo de Carlos Monsiváis, México, Hexágono, 1986, p. 73.

y los presentes juntos, en cuerpo y ánima, delante el Señor del mundo, aquel día universal donde será el juicio final".²

Si se quiere encerrar a la ciudad de México dentro de las páginas de un libro, los poetas son sin duda tan indispensables como los historiadores y los sociólogos:

Hablo de la ciudad,
novedad de hoy y ruina de pasado mañana
enterrada y resucitada cada día,
convivida en calles, plazas, autobuses, taxis, cines,
comidada en calles, plazas, palomares, catacumbas,
teatros, bares, hoteles, palomares, catacumbas,
la ciudad enorme que cabe en un cuarto de tres
metros cuadrados, inacabable como una galaxia,
la ciudad que nos sueña a todos y que todos
hacemos y deshacemos y rehacemos mientras la soñamos...³

"La ciudad enorme que cabe en un cuarto..." Los versos de Octavio Paz sugieren abordar lo infinitamente complejo partiendo de cosas sencillas. Puede ser, puesto que es un lugar de fácil acceso para el mexicano con prisa o para el europeo de paso, el Sanborn's de los Azulejos.

En pleno centro de la ciudad, cuando el sol de mediodía calienta al máximo el olor a gasolina y el polvo de la avenida Juárez, la gran sala del Sanborn's de los Azulejos rebosa de clientes. Los rayos de una luz tibia bordada de resplandores dorados recorran la penumbra del restaurante. Las columnas de piedra cincelada enmarcan un gran patio barroco adornado con una

² Suárez de Peralta (1949), p. 89.

³ Publicados en 1987 en la recopilación *Árbol adentro*, Barcelona, Seix Barral.

basante invadida de plantas. Filas de clientes esperan generosamente a que se desocupe una mesa.

Instalado en un palacio de la época española, decorado en el siglo XIX con frescos de colores deslavados, el Sanborn's de los Azulejos puede preciarse de haber atravesado el siglo: los burgueses de la *belle époque* y los campesinos de paso, Emiliano Zapata y la Revolución mexicana, Diego Rivera y Frida Kahlo, María Callas, los poetas de la *beat generation* y los estudiantes de octava del 68.

Actualmente, el oasis refresca a los turistas agotados, a los empleados de las tiendas, a los burócratas en sus ratos apretados, a los músicos de la ópera y a los ciudadanos nostálgicos de la época en la que su ciudad tenía todavía, un centro.

Si se evita el insípido café americano podemos pedirle a la mesera vestida de china poblana un agua de anís o de guayaba, a menos que se prefiera una Bombita, cerveza clara servida en un tarro de vidrio con el cristal coronado por una fina capa de hielo. Un poco de alcohol —el tequila no se sirve más que en el bar— y la luz, los olores, las caras, los muros pintados de pintines fantásticos tejen historias sin fin en las que se arropellan el pasado de los archivos, los recuerdos antiguos y las heridas del olvido.

La Historia exige dar una apariencia de orden al caos de nuestras memorias y de nuestras posturas. El género tiene sus mañas y sus convenciones pero no deja de elegir el recorrido. En lugar de partir de los orígenes para perderse en el porvenir, empezaremos, pues, por remontar uno a uno los grados del tiempo. A ello responden sabias razones cuya explicación co-

re el riesgo de aburrir al lector, pero también la pre-
ocupación por acrecentar el placer que nos produce
descubrir:

la ciudad que nos sueña a todos y que todos
hacemos y deshacemos y rehacemos mientras la soñamos...

PRIMERA PARTE

VENEZIA DEL NUEVO MUNDO

VI. EL RENACIMIENTO IMPORTADO

COMO TANTOS OTROS PERIODOS HÍBRIDOS, tan abundantes en promesas y posibilidades que desafían el análisis del historiador, el medio siglo que aún nos separa de la conquista es difícil de aprehender. ¿Qué hay que retener de esta primera época? En ese tiempo, México-Tenochtitlan era una ciudad doble como no lo volvería a ser nunca más. Una ciudad india, aún impresionante por su tamaño y sus actividades, pero también una ciudad del Renacimiento que busca, por todos los medios, proclamarse como tal.

En 1559, las exequias del emperador Carlos V señalan el apogeo del Renacimiento en la ciudad de México. Constituyó una de las manifestaciones más grandiosas de la historia de la ciudad. Un año después de la desaparición del "César"—destase que se debió a la distancia—, las autoridades mandaron levantar un suntuoso catafalco en el patio de la capilla franciscana de San José de los Naturales en honor del difunto soberano. Los habitantes de la ciudad colonial y del valle vinieron en masa a observar los trabajos antes de rendir un último homenaje a su monarca desaparecido. La ciudad de México pudo enorgullecerse de ser una ciudad imperial, a la altura del suceso. Por primera vez, la ciudad compartía un duelo real con la metrópoli. Este ensayo general fue también un acto

magistral puesto que no menos de cuarenta mil personas asistieron a las exequias.¹

La sublimación póstuma del vínculo con el lejano monarca, figura casi de fábula, invisible para siempre pero presente todo el tiempo, convocó a todas las artes del Renacimiento: música, arquitectura, pintura, imprenta, grabado. Un libro publicado en la ciudad fijó el recuerdo oportunamente: *Túmulo imperial de la Gran Ciudad de México* (1560). El texto era del humanista Cervantes de Salazar. La confección de la obra dio al impresor Antonio de Espinosa la ocasión de desplegar su pericia de grabador y tipógrafo. En el libro, un grabado nos muestra el catafalco renacentista imaginado y realizado por Claudio de Arciniega. El estilo del arquitecto se expresa sin tensión en este "túmulo imperial". Es un auténtico manifiesto purista, que se alimenta de los principios de un Renacimiento impregnado de clasicismo, cuya extrema elegancia modera la sobriedad.

La música iba al unísono. Durante las exequias, músicos y cantantes interpretaban el réquiem de Cristóbal de Morales, entonces famoso en la España de su tiempo. Según Cervantes de Salazar, la interpretación del *Parce mihi, Domine* encantó a la asistencia.²

Dispuestos alrededor del catafalco, cuadros desbordantes de alusiones mitológicas celebraban los grandes momentos de la conquista de México y el poder inigualable del emperador Carlos V.³ Ahí se distinguían

¹ Joaquín García Icazbalceta, *Biblioteca mexicana del siglo xvii*, México, rce, 1954, p. 164.

² *Ibid.*, p. 162: "Se dijo el *Parce mihi, Domine*, de canto de órgano, compuesto de Morales, que dió grand contento oíste."

³ Francisco Cervantes de Salazar, *Túmulo imperial de la Gran Ciu-*

los príncipes indígenas, Moctezuma y Ahualpa, vestidos y arrodillados, simbolizando la anexión de México y de Perú a la corona de Castilla. Pero la presencia indígena no se limitó a siluetas dispersas en pinturas de circunstantia. Es probable que los nobles indígenas de la ciudad desfilaran y bailaran al son de los tambores, teponaztes, vestidos con calzas blancas de piel de animales y de grandes arreglos de plumas multicolores, mientras que los altos dignatarios enarbolaban la diadema y la capa *timalli*.⁴ Indígena era la muchedumbre que se apretaba en el patio de la capilla, donde treinta años antes los misioneros franciscanos enseñaban los primeros rudimentos de cristianismo. Igualmente indios eran los artesanos, los carpinteros, una parte de los pintores, una parte de los cantantes y los músicos...

La ciudad del Renacimiento era una ciudad doble, a la vez india y española. Doble por estar escindida en dos por la conquista europea, pero también porque ahí subsistía, a pesar de todo, una alternativa indígena al modelo hispánico y europeo.

UN RENACIMIENTO IMPORTADO

Cuando a mediados del siglo xvi el virrey Luis de Velasco padre recibe al arquitecto Arciniega en la ciudad de México, ya existe una primera ciudad española que *edad de México*, México, Antonio de Espinosa, 1560; Francisco de la Maza, "Las piras funerarias en la historia y el arte de México", *Boletín del IIE*, UNAM, 1946, pp. 29-35.

⁴ *Anales de Tlatelolco. Unos anales históricos de la nación mexicana y Códice Tlatelolco*, México, Rafael Porrta, 1980, pp. 120-121.

no pasa inadvertida. La regularidad del trazado impone a la mercadería inglés Robert Thomson: "Las calles de la ciudad de México son muy anchas y rectas, de manera que quien está en la plaza mayor al extremo de una calle, registra con la vista una buena milla por lo menos". La gestión de esta ciudad no debe ser cosa sencilla, pues cuenta con al menos cien mil habitantes, aunque hay fuentes que le atribuyen doscientos e incluso trescientos mil hacia 1555.⁵ La ciudad de México no es, entonces, una aglomeración cualquiera: es cuantitativamente la primera ciudad europea de América y, vista desde el Viejo Mundo, está más poblada que Sevilla, Lisboa o Roma. Robert Thomson confirma ese sentimiento: "Lleva trazas de ser con el tiempo la ciudad más populosa del mundo".⁶

A mediados del siglo xvi, a una generación de la conquista, la ciudad posee ya sus admiradores y aficionados. Uno de los primeros profesores de la Universidad de la ciudad de México, Francisco Cervantes de Salazar, se cuenta entre ellos. En sus *Diálogos*, nos pasea de un extremo al otro de la ciudad, expresando sin reservas el orgullo que siente de vivir en México-Tenochtitlan. Aun siendo Cervantes de Salazar originario de la espléndida ciudad de Toledo, se encuentra, de golpe, conquistado por la capital mexicana.

La trayectoria de este letrado del Renacimiento, uno de los primeros en dejarse seducir por la ciudad de México, es poco común. Llega a la Nueva España a la edad de treinta y siete años, trayendo como equipaje

⁵ Porrta Muñoz (1982), p. 114.

⁶ *Relaciones de varios viajeros ingleses en la ciudad de México*, Madrid, Porrta-Turanzas, 1963, p. 29.

je un puñado de publicaciones, alguna experiencia como latinista y como maestro en la modesta universidad de Osuna y, sobre todo, tiene un riquísimo primo instalado en la ciudad, Alonso de Villaseca. Éste lo alberga durante los primeros años de su estancia y le abre su red de relaciones con los funcionarios de la corona y los poderosos del país. La fortuna de Villaseca, calculada en un millón de pesos—minas de plata, tierras, comercio de cacao—permite a Cervantes llevar una vida sin preocupaciones materiales y gastar al menos seis veces su salario de profesor. ¡Feliz Nuevo Mundo! La carrera de nuestro humanista se logró tan bien que lo llevó dos veces a la rectoría de la universidad. En cualquier caso, su historia nos revela la colaboración de las fortunas locales con la difusión del latín, el desarrollo del humanismo y el establecimiento de la universidad. Desde mediados del siglo xvi, el mundo del dinero y el de las letras van de la mano en el continente americano.

Impresos en 1554, los *Diálogos* de Cervantes de Salazar, no hace falta decirlo, están redactados en latín, única lengua internacional capaz de dar a conocer al mundo "la grandeza y majestad" de México-Tenochtitlan. Estas conversaciones se desarrollan entre un habitante de la ciudad y un español recién llegado. En ellas se ofrece la primera descripción "turística" de la ciudad y de sus alrededores. El tono es tan ensalzador como los versos manieristas de Bernardo de Balbuena o la prosa ilustrada de Alejandro de Humboldt. La ciudad de México era la capital del Nuevo Mundo antes de la conquista española y sigue siéndolo después. Según Cervantes, la ciudad resiste sin problemas la con-

frontación con Europa: ¿caso no era su plaza mayor más grande que todas las del Viejo Mundo?

Desde mediados del siglo xvi vemos que el paralelo con Europa ha comenzado a obsesionar a los letrados de la ciudad, tanto en el registro de las ambiciones intelectuales como en el de la calidad del urbanismo y la arquitectura. Tomemos la Academia Mexicana, es decir, la joven universidad. A Cervantes de Salazar le resulta imposible negar la inferioridad inicial: "Esta academia vuestra, fundada en región antes inculta y bárbara, apenas nace". Pero vemos que esta desventaja es rápidamente compensada con la esperanza de un radiante futuro: "Lleva ya tales principios que muy pronto hará, según creo, que si la Nueva España ha sido célebre hasta aquí entre las demás naciones por la abundancia de plata, lo sea en lo sucesivo por la multitud de sabios". Desde esta época se esboza, bajo su pluma, lo que se convirtió en el programa de la Ilustración y de los liberales del siglo: "Los que enseñan tan lejos de su patria como los que estudian en medio de los placeres y de la opulencia de sus familiares [deben honrarse] por haber de ser los primeros que con la luz de la sabiduría disipen las tinieblas de la ignorancia que oscurecían este Nuevo Mundo".⁷

Durante un paseo en la ciudad, uno de los personajes de Cervantes confía a su interlocutor:

¡Dios mío!, qué espectáculo descubro desde aquí, tan grato a los ojos y al ánimo, y tan hermosamente variado, que con toda razón me atrevo a afirmar que ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos, y que puede de-

⁷ Cervantes de Salazar (1985), pp. 321, 43, 23.

cirse de México lo que los griegos dicen del hombre. Ha mándole *Microcosmos*, o mundo pequeño. Está la ciudad toda asentada en un lugar plano y amplísimo, sin que nada la oculte a la vista por ningún lado. Los soberbios y elevados edificios de los españoles, que ocupan una gran parte del terreno, y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes ceñidos y rodeados por las casas de los indios, humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre las que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras. Y es tanto el terreno que ocupan las habitaciones de los Indios que no es aseguible cerrarle con muros. Más lejos rodean la ciudad lomas, collados y montes de desigual altura, unos naturalmente selvosos y de abundante madera, otros cultivados y fertilísimos. En todos se ven muchas haciendas que embellecen admirablemente la ciudad y los campos circunvecinos.⁸

Con el advenimiento del virrey Antonio de Mendoza (1535), la ciudad de México, la ciudad sin muralla, se dotó también de un embrión de corte europea. Ésta fue originalmente una modesta réplica de su homóloga castellana, demasiado reducida para imitar su etiqueta y sus fastos. En 1539, el banquete ofrecido por el virrey celebraba de manera escandalosa los inicios de esta institución. Estos ágapes rivalizaban en lujo con aquellos que Cortés ofrecía en sus últimos momentos de gloria. Pero aún es muy pronto para que la corte de los virreyes pueda constituirse como el principal representante de la España aristocrática.

LOS INSTRUMENTOS DEL SABER

Desde los años 1550, la ciudad de México tiene la posibilidad de rivalizar con las ciudades de España y de Europa. En 1553, el virrey Luis de Velasco inaugura la universidad⁹, que casi será la primera de América y anterior a la de Lima. En ella se propaga el conocimiento europeo del Renacimiento y de la Edad Media sobre una parte del continente. La cédula de fundación tiene por modelo a la prestigiosa universidad de Salamanca y, al menos en sus orígenes, está indistintamente abierta a los "naturales"—es decir a los indios—y a los españoles.⁹ Los primeros cursos se impartían en la antigua residencia de doña Catalina de Montejo, antes de que se acondicionaran otros locales más espaciosos. Hasta la creación de la Ciudad Universitaria, a mediados del siglo xx, la universidad no dejó nunca el corazón de la ciudad.

Otras creaciones precedieron la apertura de la universidad. Catorce años antes, en 1539, la ciudad recibe su primera imprenta. El obispo de la ciudad de México—aún no tenía el título de arzobispo—, el vasco Juan de Zumárraga, y el primer virrey, Antonio de Mendoza, estimaron que a una ciudad como aquella no podía faltarle un impresor ni una imprenta. Pero razones más prosaicas apresuraron la instalación de una prensa y de una librería. Unos importantes impresores de Sevilla, los Cromberger, como muchos hombres de negocios andaluces, habían invertido capital en la Nueva España. Para vigilar sus haciendas y sus minas de plata, los

⁸ Cervantes de Salazar (1985), pp. 138-139.

⁹ Rubio Mañé (1983), IV, p. 239; Vicente T. Mendoza, *Vida y costumbres de la universidad de México*, México, UNAM, III, 1951.

Cromberger decidieron abrir una sucursal en la ciudad de México, hacia donde enviaron material, manutención de obra y librería. Estos impresores colocaron a la cabeza de la empresa a un italiano, Juan Pablos, "componedor de letra de molde", quien se estableció en la ciudad a finales del año 1539. Pablos se alojaba en la casa de las Campanas, en la esquina de las calles de Montaña y de Licenciado Verdad, e inmediatamente se puso a trabajar editando un catecismo destinado a los indios. Varios volúmenes salieron de esta imprenta en los años 1540, primero a cuentagotas —dos títulos por año—, a precios elevados y tiraje limitado. Eran libros píos con excepción de una obra que trataba de un terremoto en Guatemala. Como la librería detenía también el privilegio de importar libros europeos, su monopolio era absoluto. En 1544, Juan Pablos publicó su primer libro ilustrado: se trataba de una traducción en castellano del *Tripartite* de Jean Gerson, teólogo francés de finales de la Edad Media. Fue también la primera obra de origen francés impresa en suelo americano. Cuando las imprentas no producían libros, tampoco descansaban: se fabricaban juegos de cartas, muy apreciados por la población española.¹⁰

El monopolio de Juan Pablos terminó a finales de los años 1550: un nuevo impresor, Antonio de Espinosa, vinculado desde hacía poco tiempo a Hernán Cortés, se instaló en la calle de San Agustín, cerca de la iglesia del mismo nombre. Espinosa no se contentó con introducir una sana competencia; también se esforzó en modernizar la tipografía al utilizar caracteres

¹⁰ Eduardo F. Araujo, *Primeros impresores e impresos en Nueva España*, México, Porrúa, 1969.

de tipo italiano. El medio empezaba a tomar cuerpo y a renovarse. Una década después, un joven negociante de Ruán, Pierre Ochart, sucedió a Juan Pablos, con cuya hija, María, se había casado. Con Ochart el normando, el visitante francófono podía informarse útilmente sobre la ciudad y conocer el pequeño círculo de compatriotas, a quienes la Inquisición no tardó en investigar.¹¹

HERENCIA INDÍGENA, UTOPIA EUROPEA

El Renacimiento europeo desembarca en la ciudad de México en forma de libro y con la universidad. Pero su huella es mucho más profunda. El cuadro urbano de la ciudad colonial —hoy es el Centro Histórico— se fijó de una vez por todas en las dos primeras décadas que siguieron a la conquista gracias a dos hombres de talento.

El primer virrey de México, don Antonio de Mendoza, era un aristócrata cultivado, descendiente de una familia que había tenido cercanía con el Renacimiento italiano. Entre su equipaje y sus libros, el virrey traía un tratado de León Batista Alberti (1404-1472), gran teórico de la imagen, especialista en urbanismo y arquitectura de la Italia del Quattrocento. A lo largo de su obra, Alberti enunciaba las normas y los principios organizadores. La ciudad de México ofrecía el ejemplo ideal que habría entusiasmado al pensador italiano si hubiera vivido un siglo más tarde. A diferencia de la

¹¹ Ochart también publicó numerosas obras en lengua india: mixteca, huasteca, náhuatl (Alexandre A. M. Stols, *Pedro Ochart, el tercer impresor mexicano*, México, UNAM, 1990).

En todo caso, fue una alianza urbanísticamente lograda y al mismo tiempo una apropiación perfecta, física y simbólica, de la ciudad indígena: el ingerto colonial va a ser definitivo. Ello no impide que nos deje perplejos: ¿hay que maravillarse por la inteligencia del proyecto o denunciar el imperialismo de esta "curacura" del Renacimiento, cuyos costos pagaron, por todos lados, los indios de América?¹⁴

LA NUEVA JERUSALÉN

En su descripción de la ciudad de México, Cervantes de Salazar señala con minucia una experiencia sorprendente: "Un colegio donde los indios aprenden a hablar y escribir en latín. Tienen un maestro de su propia nación, llamado Antonio Valeriano, en nada inferior a nuestros gramáticos, muy instruido en la fe cristiana y aficionadísimo a la elocuencia."¹⁵ De hecho, existían dos establecimientos que humanistas como Tomás Moro o Rabelais hubieran visitado inmediatamente desde su llegada a la ciudad: el colegio imperial de Santa Cruz de Tlatelolco —al que alude Cervantes de Salazar— y la capilla de San José de los Naturales.

El colegio de Santa Cruz constituyó una empresa única que, por sí misma, justifica que se le otorgue a la

¹⁴ Walter D. Mignolo, *The Darker Side of Renaissance*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1995; Edmundo O'Gorman, "Reflexiones sobre la distribución urbana de la ciudad", México, Cultura, 1938, pp. 16-20.

¹⁵ Cervantes de Salazar (1982), pp. 106-107.

ciudad de México un lugar eminente en la historia del Renacimiento. Fundado bajo el patrocinio del virrey y del obispo, dirigido por franciscanos talentosos, este establecimiento de enseñanza superior impartía cursos de latín y de teología a alumnos indígenas reclutados entre la nobleza de la ciudad y de la región. El colegio era el equivalente de una universidad para la aristocracia indígena. Fundado con el objetivo expreso de formar a un clero autóctono, el colegio les daba acceso al conocimiento de Occidente, y no sin éxito. Las élites intelectuales indígenas de la ciudad y del valle se formaron en Santa Cruz durante unos cincuenta años. Traductores, latinistas, tipógrafos asimilaron tan bien las lecciones de los monjes que suscitaban su admiración. Al último, fueron los indios quienes se ocuparon de dirigir el colegio.

La capilla de San José de los Naturales es anterior al colegio de Santa Cruz. Construida a partir de los años 1520, la capilla propiamente dicha era el edificio principal de una enorme estructura dispuesta alrededor de un inmenso patio rodeado de talleres. Construida a partir de una yuxtaposición de siete naves, la iglesia se parecía a la catedral-mezquita de Córdoba. Sus dimensiones ambiciosas le permitieron recibir a las masas indias que asistían a misa y que escuchaban el catecismo. En la celebración de las solemnes exequias de Carlos V, el edificio demostró su capacidad de recibimiento en la ciudad renacentista.

Sin embargo, ahí no se ocupaban solamente de la salvación de almas. El establecimiento concretaba el proyecto de un franciscano flamenco, pariente del emperador Carlos V, Pedro de Gante, quien llegó con el

primer contingente de evangelizadores. Pedro de Cárdenas se preguntaba sobre la manera más eficaz de convertir al cristianismo a los millones de indios que poblaban México. Después de instalarse en Texcoco, en las cercanías de México-Tenochtitlan, el flamenco estableció su base en el corazón de la capital mexicana. Ahí estableció la capilla de San José para hacer de ella un centro de adiestramiento técnico destinado a enseñar a los indios los oficios que ignoraban: tanto las labores referentes al manejo del cuero y del hierro, la herrería y la música como la fabricación de instrumentos musicales y la pintura.

En este recinto franciscano, los indios descubrieron la imagen europea y las técnicas empleadas para su reproducción. Portadores de una tradición que ignoraba la tercera dimensión, pero que utilizaba virtuosamente los glifos y la policromía, los pintores, *tlacuilos*, observaban con atención y a menudo con fascinación las telas pintadas y los grabados que les mostraban los monjes. Estos muestrarios los pusieron en contacto con el arte de los Países Bajos y la producción hispano-flamenca. Así, durante los años 1530 la ciudad de México albergó uno de los grandes encuentros de la historia del arte y de las civilizaciones: el Renacimiento europeo y la pictografía indígena americana. Los intercambios entre los franciscanos y los artistas indios fueron tan cruciales como los que, en la misma ciudad pero cuatro siglos más tarde, se desarrollaron entre el cineasta Eisenstein y los muralistas. Los primeros fueron testigos de la difusión planetaria del arte occidental mientras que los segundos exploraron las relaciones de la imagen fija y del cinematógrafo. ¿Es po-

sible aún escribir la historia de la imagen occidental sin pasar por la ciudad de México?

La creación y la iniciativa franciscanas reflejaban el entusiasmo de los primeros evangelizadores, para quienes la ciudad de México constituía la base y el terreno de pruebas de sus campañas misioneras. En los años 1530 y 1540, el optimismo predominaba. Los rápidos progresos de los indios hacían abrigar las más grandes esperanzas, entre ellas, la de verlos acceder al sacerdocio. La ciudad de México era una nueva Jerusalén, si damos crédito a los acentos proféticos del franciscano Motolinía:

¡Oh México, que tales montes te cercan y coronan! Ahora con razón volará tu fama, porque en ti respandee la fe y evangelio de Jesucristo. Tú que antes eras maestra de pecados, ahora eres enseñadora de verdad; y tú que antes estabas en tinieblas y oscuridad, ahora das resplandor de doctrina y cristiandad [...] [Eras entonces una Babilonia, llena de confusiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos! ¡Oh México, si levantas los ojos a tus montes, de que está cerrada, verías que son en tu ayuda y defensa más ángeles buenos que demonios fueron contra ti en otro tiempo, para te hacer caer en pecados y yerros.¹⁶

ARTISBOS DE LA ETNOGRAFÍA

En la ciudad de México el Renacimiento europeo siguió caminos doblemente innovadores. No solamente

¹⁶ Motolinía (1971), p. 201.

Los monjes venidos de España y del resto de Europa se esforzaban en inventar e implementar medios para evangelizar rápidamente a los indios de México. También se interrogaban sobre las civilizaciones indígenas con las que tenían que convivir y a las que había que desmantelar. De tal manera que en los claustros y celdas de los conventos de la ciudad de México nació la etnografía—o por lo menos una actitud que prefigura lo que será la etnografía en el siglo XIX—: el estudio exhaustivo de los indios, la descripción de sus costumbres, de su pasado, de sus instituciones, apoyados en un paciente trabajo de campo, a menudo escalonado en decenas de años. Ciertamente se trataba de una mirada etnocéntrica, al servicio de ambiciones tan dominadoras como reduccionistas. Pero hoy en día, ¿caso tiene la antropología una postura distinta, con sus disfraces mediáticos y humanitarios? En última instancia, los monjes se interesaban aún más en los indios puesto que podían ser aliados de peso en una ciudad mayoritariamente indígena.

Sin embargo, proselitismo y cálculos políticos no impidieron que franciscanos y dominicos avanzaran mucho en el universo que los rodeaba. La exploración de los valores de las sociedades indígenas llevó a más de uno a salirse del marco europeo en el que habían sido formados. Esa búsqueda los incitó también a familiarizarse con mundos tan inquietantes por sus prácticas—el sacrificio humano, la antropofagia, los alucinógenos—como por la aparente rigidez de su ética. El contacto cotidiano con informantes indígenas del más alto rango o el compromiso con una realidad tan abrumadora estuvieron a punto de hacer vacilar

hasta a los religiosos más preparados. Los trabajos del franciscano Bernardino de Sahagún—quien compiló una enciclopedia del mundo indígena bajo el título de *Historia general de las cosas de la Nueva España*—son uno de los frutos de esta experiencia. El diccionario bilingüe castellano-náhuatl de fray Alonso de Molina es un monumento al conocimiento lingüístico que no será nunca más igualado. Esta obra proporciona a cada término español un equivalente en náhuatl y rebosa de neologismos nacidos de la colaboración entre Molina y su equipo indígena. No solamente monjes e indios pasaron su tiempo sumergidos en interminables discusiones sino que, con el fin de acumular palabras y aprender la lengua de sus fieles, los religiosos no dudaron en unirse a los juegos de los niños indios, de quienes se volvían, por algunas horas, sus atentos discípulos.¹⁷

Como la Goa de los portugueses, y posteriormente Nagasaki o Macao, la ciudad de México fue uno de los teatros del debate intelectual entre el Occidente del Renacimiento y el resto del mundo. Una situación cuyo significado se puede medir mejor ahora que la occidentalización ha invadido los cuatro rincones del mundo.

UNA ARISTOCRACIA AL BORDE DEL COLAPSO

El mundo indígena está presente en los mercados, las calles, las cocinas y hasta en los claustros de los monjes. Imposible describir la ciudad del Renacimiento ha-

¹⁷ Grunzinski (1988); Bernard y Grunzinski (1991); Georges Baudot, *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine* (1520-1569), Tolosa, Privat, 1977.

ciendo abstracción de la población y de la sociedad indígena. La ciudad de México es en esta época una ciudad bicéfala en la teoría y la práctica, un poco a la manera en que Granada, la ciudad roja, yuxtaponía—en la Europa del siglo xvii— a dos sociedades, la de los vencedores cristianos y la de los musulmanes derrotados. Es evidente que la invasión española no logró borrar siglos de memoria india en algunos meses, menos aún transformar el modo de vida de una población cuya superioridad numérica seguía siendo aplastante. Algunas cifras aproximadas sugieren una idea de las proporciones: en el momento de la conquista, los indios son al menos doscientos mil, tal vez trescientos mil, frente a dos mil europeos; un siglo después no son más de ochenta mil, mientras que los españoles todavía no llegan a más de ocho o nueve mil.¹⁸ La relación de uno a cien y luego de uno a diez revela que, aun vencida, sometida y diezmada, la ciudad de México es una ciudad indígena antes que española.

La Iglesia de los evangelizadores constituye indudablemente el vínculo entre las dos ciudades, la de españoles y la de indios. Su papel y sus responsabilidades de intermediarios son innegables. Pero ello no debe hacernos perder de vista que la ciudad india conserva su personalidad, su homogeneidad y sus élites.

En la ciudad de México y en el resto del país la victoria española trastornó el panorama político. Como para la burguesía porfiriana durante la Revolución o para la nobleza española después de la Independencia,

¹⁸ Porras Muñoz (1982), p. 114. Cualquier tentativa de estimación de la población de la ciudad de México se enfrenta a datos poco precisos y contradictorios.

la ruleta había girado. La aristocracia indígena de la ciudad de México rápidamente se dio cuenta de que la sociedad colonial no se había concebido para servir a sus ambiciones, intereses o ideales. Quedaba la tregua que les aseguraba su posición de intermediarios obligatorios entre las masas de indios y los ocupantes. Era suficiente para que las autoridades tradicionales, la nobleza y los grandes mercaderes lucharan hombre con hombre contra el tiempo, buscando conservar parcelas de sus antiguos poderes. De ahí la apariencia, real y engañosa a la vez, de continuidad. A mediados del siglo xvii, las cortes indias vivían sus últimos momentos. Aliados, dependientes, servidores, esclavos indios, enviados, negociantes, compadres españoles, parientes mestizos y frailes de paso se apresuraban a ocupar los palacios que se habían salvado de las batallas.

El caos acarreado por la conquista despertó las ambiciones moderadas en el régimen precedente. El poder arrancado a la familia de Moctezuma estaba a disposición de quien lo tomara. Las rivalidades dividían a las grandes familias y los ajustes de cuentas las desgarraban de cuando en cuando. Algunas casas se apresuraron a tomar distancia de la antigua dinastía: los nobles de Tacuba, alrededor de don Antonio Cortés, gustaban de recordar que ellos no estaban sometidos a México y que sin su ayuda al momento de la conquista hubieran exterminado hasta al último de los conquistadores: "Cuando los españoles salieron de México heridos y desbaratados que avían muerto mas de la mitad dellos, si como aquí los recibimos de paz y les dimos comida les dieramos guerra no quedara hombre dellos y por este hecho los mexicanos fueron

mu y enojados contra nos". Pero estas luchas siguieron estando envueltas por un manto impenetrable. Aun vencido, aun cristianizado e hispanizado, el universo indígena permanece opaco, a la vez porque respeta su ley de silencio y, sobre todo, porque obedece a móviles y reglas de un mundo desconocido para Occidente.

El bando indígena proespañol estaba representado por la mayoría de los descendientes de Moctezuma. Por más sorprendente que parezca, esta dinastía no dejó de reinar oficialmente sobre la ciudad indígena hasta 1565, casi medio siglo después de la conquista española. Hasta entonces se terminaron tres siglos de dominación casi ininterrumpida. En los años 1530, por razones tácticas y por respeto a un poderoso linaje, las autoridades españolas rehabilitaron a varios de sus miembros.¹⁹ Un sobrino de Moctezuma, don Diego Huanitzin, y un nieto del soberano Tizoc (1481-1486) ocuparon el trono venido a menos. Pagados por las autoridades españolas, estos "gobernadores" siguieron una política hispanófila, excluyendo cualquier manifestación pública de mala voluntad y privilegiando la colaboración.

Otros aristócratas mantuvieron una actitud más reservada o más distante. Sin llegar a conspirar contra la dominación española, algunos expresaron sin rodeos su resentimiento. Es el caso de uno de los más eminentes miembros de la aristocracia, don Diego de Mendoza Austria Moctezuma. Éste poseía palacios en la ciudad y en los alrededores. Nieto del "emperador"

Moctezuma, don Diego combatió al lado de los españoles en Nueva Galicia e incluso recibió de parte de Felipe II un blasón y una divisa. Pero no perdonó nunca a Cortés haber ejecutado a su padre, Cuauhémoc, último soberano mexicano.²⁰

El palacio de la hija mayor de Moctezuma, la riquísima doña Isabel Tecuipochtzin, representaba otro punto de encuentro que los nobles seguían frecuentando con asiduidad. Su nacimiento, su belleza, sus relaciones y sus sucesivos matrimonios con conquistadores españoles hicieron de ella una de las damas más a la moda en el México posterior a la conquista. El bautizo de su primer hijo en 1531 fue un evento mundano que reunió a indios y españoles de la mejor sociedad bajo el patrocinio del obispo Juan de Zumárraga.

Doña Isabel encarnaba el pasado prehispánico, el presente de la conquista y el futuro del mestizaje. La joven sabía que era hija de un hombre que había sido casi un dios; no olvidaba tampoco que había sido esposa de los dos últimos soberanos, Cuitláhuac y Cuauhémoc, que luego había pasado a la cama de Cortés y que finalmente era la madre de varios hijos mestizos. Tuvo que aprender a comportarse como una gran señora española mientras que seguía estando rodeada del lujo y la veneración casi religiosa debida a la hija del gran Moctezuma: cuando salía a la calle, había esclavos que limpiaban el suelo que iba a pisar. Alrededor de doña Isabel se esbozó un modo de vida mixto que los otros nobles indígenas se esmeraron en copiar para acostumbrarse a vivir bajo el dominio del emperador Carlos.

¹⁹ Gibson (1964), p. 169.

²⁰ Guillermo Fernández de Recas, *Caricazgos y nobiliario indígena de la Nueva España*, México, UNAM, 1961, p. 278.

Otras hijas de Moctezuma fueron dadas en matrimonio a españoles con quienes tuvieron hijos que después se integraron a las élites hispanas: conquistadores acomodados o ricos propietarios de minas. Estos interesantes contactos difundieron entre la aristocracia indígena costumbres y objetos europeos cuya posesión — a veces ruinosa — se convirtió en un nuevo signo de su premaxia.

El vino de España era en ese entonces —y lo sigue siendo hoy— una bebida cara y apreciada. En esos palacios indios o en esas residencias españolas, los nobles aprendieron a mezclar la sonoridad de los instrumentos europeos con la música tradicional de las flautas y de los tambores teponaztes. Otros imitaban las danzas españolas que las damas indígenas descubrían del brazo de sus maridos o de sus amantes europeos. También contrataban pintores para copiar los grabados traidos de España o para hacer frescos sobre temas cristianos en los palacios indígenas. Por último, algunos aristócratas pudieron hablar con conocimiento de causa de la lejana España, siguiendo el ejemplo del único hijo de Moctezuma, Pedro Moctezuma, quien fue a visitar Madrid en 1540, para “besar la mano del emperador Carlos V y exigir una pensión.

ARTISTAS INDÍGENAS PARA LA CIUDAD ESPAÑOLA

Si la ciudad indígena sobrevive políticamente a través de su aristocracia, también brilla gracias a sus artistas y a sus artesanos, ya que hasta mediados del siglo XVI la mayor parte de la producción de objetos de arte es

especialidad de los vencidos. Ello se explica por la asimilación prácticamente inmediata de los procedimientos europeos así como por la existencia de una tradición india basada en siglos de experiencia y aprendizaje. Mucho antes de la invasión española, Mexico-Tenochtitlan poseía talleres de pintores, amantecas (oficiales de la pluma), orfebres, músicos, cantantes y bailarines experimentados.

Los españoles no dudan en visitar los talleres indígenas para admirar las obras que se están fabricando, para pedir alguna o adquirirla y, a veces, para enviarla a Europa. Sin que se le sospeche de indianofilia, el conquistador Bernal Díaz del Castillo reconoce el talento de los vencidos y su capacidad para adoptar las técnicas europeas: “Los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadero, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores, y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles leznas de hierro, especialmente entallan esmeriles y denturo de ellos figurados todos los pasos de la santa pasión de Nuestro Señor Redentor y Salvador Jesucristo”. Y tiene que admitir: “Si no las hubiese visto no pudiera creer que indios lo hacían.”²¹

Los pintores indígenas también hacen maravillas. En su crónica, el conquistador nos deja tres nombres que provocan su admiración: Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y *El Crespillo*. Díaz del Castillo se apresura a compararlos con los maestros europeos de su tiempo —Berruguete, Miguel Ángel— y juzga que la comparación favorece a los mexicanos. Es una pena que no po-

²¹ Díaz del Castillo (1968), II, p. 362.

damos dar los títulos de algunos lienzos que nos permitían apreciar el genio indígena. Desde esta época se inicia una necesidad irreprimible de equiparar el arte de Europa y el de América.

Los indios citados por Díaz del Castillo son los primeros pintores mexicanos conocidos de la era colonial. Junto con ellos, muchos otros recibieron una formación en los talleres de la capilla de San José de los Naturales, donde los monjes les mostraban modelos europeos que los indígenas imitaban con una virtuosidad sorprendente.

Los españoles que no pertenecían a la Iglesia expresaron su más vivo interés hacia estas obras. Fungieron como verdaderos mecenas de este Renacimiento indígena. El virrey Antonio de Mendoza le encargó al jefe del taller de pintores indígenas de México-Tenochtitlan un manuscrito de pinturas que describiera la vida de los antiguos mexicanos: el *Códice Mendoza*—conservado en Oxford—, cuyo contenido enciclopédico describe el mundo anterior a la conquista. Fruto de la colaboración de dos indios, un médico y un latinista, el *Libellus de medicinalibus herbis* nos ofrece otro ejemplo de este mecenazgo ávido de recoger el conocimiento indígena.

Los amantecas—u oficiales de la pluma—siguieron haciendo mosaicos de plumas multicolores que servían para decorar vestidos o escudos de exhibición. Bajo la dirección de los franciscanos, en los talleres de San José de los Naturales, los indios adaptaron esta técnica antigua a nuevos temas de inspiración cristiana, confeccionando mitras, ornamentos litúrgicos y cuadros religiosos. Expedida a Europa, una parte de esta pro-

ducción se ofrecía a los príncipes y papas con el fin de mostrarles la habilidad de los artesanos indígenas.

La *Misa de San Gregorio*—que hoy está en el museo de Auch, Francia— nos ofrece un ejemplo de este arte. Elaborado en la ciudad de México en 1539 en honor del papa Pablo III, este mosaico de plumas representa un episodio famoso de la vida del papa Gregorio, a quien se le aparecieron milagrosamente Cristo y los símbolos de la Pasión durante la misa. La textura brillante de la pluma da vida a esta evocación cuyo fondo se pierde en un azul de luminosa intensidad. Formulada en un laín un poco torpe, la inscripción indica que el cuadro fue confeccionado bajo el gobierno de don Diego de Alvarado Huanitzin en la ciudad de México, *en [sic] magna indianum urbe*, la “gran ciudad de las Indias”. La fórmula no es gratuita: los artistas indios seguían considerándose súbditos de un señor mexica—en este caso don Diego, nieto de Moctezuma— aun cuando los españoles eran los dueños de la ciudad desde hacía veinte años.

En cuanto a los cantantes y músicos indígenas, eran el atractivo de misas y festividades españolas. El virrey Antonio de Mendoza cena escuchando “grandes músicas de cantares [...] y la trompetería y géneros de instrumentos, arpas, vihuelas, flautas, dulzanas, chirimías”.²² Una parte de los intérpretes son indios, a falta de suficientes instrumentistas europeos. En este terreno también la asimilación de técnicas europeas se revela singularmente rápida: los indios aprendieron a escribir música, a fabricar rabeles, chirimías, sacabu-

²² Díaz del Castillo (1968), II, p. 314.

ches, vihuelas, guitarras; también se familiarizaron con el canto llano y la polifonía. Algunos se arriesgaron a componer obras musicales, cánticos, misas, magníficos y motetes. Pusieron en marcha ensambles de flautas que imitaban al órgano y luego empezaron a fabricar este complicado instrumento, al cual daban el nombre de *ehuallapitzalhueluel*, es decir, "tambor-instrumento-de-viento-con-piel".²³

Por último, sin la participación de los indios los espectáculos que dan vida a la plaza mayor de la ciudad de México en las primeras décadas que siguieron a la conquista serían irrealizables, aunque su concepción es de origen europeo y el impulso lo dan los monjes. Es el caso del *Juicio final*—interpretado por ochocientos actores en la capilla de San José—, de *La conquista de Rodas*, que representa casi a escala las peripecias de la guerra entre turcos y cristianos. Del *Juicio final*, representado en 1535, Bartolomé de Las Casas pudo escribir: "Fue cosa que si en Roma se hiciera, fuera sonada en el mundo". Para *La conquista de Rodas*, montada en 1539 para celebrar la tregua entre el rey de Francia y Carlos V, miles de artesanos indígenas transformaron la plaza mayor en un bosque con las más diversas especies, habitado por una fauna salvaje, ruidosa por los gritos de pájaros encerrados en mantos disimulados en lo alto de los árboles. Una reconstitución de la ciudad de Rodas—grandes edificios como teatros positivos, altos como torres, con muchos apartamientos y divisiones—sustituía al decorado silvestre. Había actores que imitaban el combate entre turcos y cristianos. Hu-

²³ Lockhart (1992), p. 283.

no incluso navios con ruedas, con todas las velas abiertas, que atravesaban la plaza mayor. La mano de obra, los decoradores, las compasas y una parte de los actores y los cantantes—más de mil intérpretes instruidos en el contrapunto—eran indios. Indios también eran los intérpretes de chirimías, sacabuches y dulzainas, trompetas y tambores que intervenían a lo largo de esta evocación a la Disney de la eterna cruzada contra el Islam. "Andaban sobre cincuenta mil hombres oficiales haciéndolos, y era cosa maravillosa ver el silencio que tenían, que no parecía sino un convento de frailes que estaba en coro o en capítulo."²⁴

La pompa de las fiestas barrocas y la participación de las masas indígenas en las ceremonias del siglo XVII tienen así su equivalente en la ciudad renacentista. Esta prefiguración funde las tradiciones de la España medieval con las celebraciones de la ciudad prehispánica, sin reducir la parte indígena a un añadido exótico. México-Tenochtitlan todavía es la ciudad de dos mundos.

LOS "VETERANOS DE GUERRA"

Al cabo de algunas reuniones en casa de los españoles de la ciudad de México, el visitante no habría escapado a la enésima evocación de la toma de la ciudad. En una sociedad hispánica que tiene por principal lectura las novelas de caballería, la conquista de México constituía un pasado a la vez candente, verídico y casi tan fabuloso como las hazañas de Orlando o de Amadís

²⁴ Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia sumaria*, t. I, edición de E. O'Corrigan, México, UNAM, 1967, p. 334.

de Gaulta. El recuerdo de los combatientes caídos entre las manos de los indígenas —y por lo tanto “devorados” por éstos y luego “sepultados en el vientre de los indios” — obsesionaba la memoria de los sobrevivientes, tanto como el resentimiento en contra de aquellos que, sin haber participado en una sola batalla, ocupaban las primeras filas en la ciudad de México.

La ciudad del Renacimiento era en esa época una ciudad de “veteranos de guerra”, o de españoles que se presentaban como tales. Los viejos conquistadores, sus hijos y sus nietos no hacían más que repetir las proezas realizadas y las angustias sufridas durante la conquista. Esta historia había trastornado sus vidas al elevarlos a una escena heroica y, al mismo tiempo, determinaba el presente y el futuro de todos ellos: la calidad de los servicios prestados les permitía solicitar los favores de la corona y recibir rentas, tierras, indios y empleos en la burocracia, a condición de no olvidarse nunca de la presencia del emperador.

Muchos nobles indios involuacrados de cerca o de lejos en la conquista no se comportaron de manera muy distinta. Se jactaban de haber sido colaboradores desde el primer momento, para así obtener también los favores y protecciones indispensables en un régimen que los desposeía. Siendo los servicios prestados la llave para poder integrarse en el mundo hispano, estos caciques indios tenían que hacer llegar a España o a Bruselas detalladas relaciones de sus “méritos”.

El recuerdo de la conquista era aún más pesado puesto que la sociedad laica, española e india, descansaba sobre el prestigio de la hazaña militar, fuente de nobleza y honor. Familias y linajes españoles se remon-

traban a los acontecimientos fundadores de 1519-1521, igual que en España se evocaban las guerras de Reconquista contra los musulmanes. Para muchos de ellos, Cortés a la cabeza, la vida antes de la conquista correspondía a un período mediocre, demasiado oscuro para ser recordado. Su entrada en la escena de la historia, del poder y del renombre comenzaba con la invasión de México y la toma de México-Tenochtitlan.

La residencia de Cortés en la ciudad de México fue uno de los puntos de reunión para estos soldados de reserva. En 1530, el conquistador regresó de Castilla con el título de marqués y una señora de alcurnia como nueva esposa. A partir de ese momento, se encontró a la cabeza de un gigantesco señorío que reunía algunas de las mejores tierras de la Nueva España. Pero el gobierno de la Nueva España se le escapó de las manos. Para él, gloria y frustración fueron de la mano. Su resentimiento se nutría de un creciente amor por “su” Nueva España, y su energía se agotaba en la rivalidad cotidiana con el virrey Antonio de Mendoza, nombrado en el lugar que le correspondía.

Cortés tuvo cuidado de redactar, casi día a día, su visión de la conquista en sus famosas cartas, las *Cartas de relación*. Pero prácticamente cada familia conservaba su versión de los hechos. Los conquistadores más preparados dejaron relaciones o crónicas a las cuales se referían los veteranos menos hábiles con la pluma. Fue el caso de Bernal Díaz del Castillo, quien partió a terminar sus días a Guatemala y redactó una impresionante *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. “Los que no lo saben, ni vieron, ni entendieron, ni se hallaron en ello, en especial cosas de guerra

y batallas, y tomas de ciudades ¿cómo lo pueden loar y escribir, sino solamente los capitanes y soldados que se hallaron en tales guerras juntamente con nosotros?». ²⁵ Tal era el estado de ánimo de un grupo que se negaba a que su papel en la conquista de México y en la toma de México-Tenochtitlan fuera olvidado.

LA CAÍDA DE MÉXICO

Para los indios de México-Tenochtitlan, es decir, los mexicas, la caída de la ciudad engendró un cortejo de imágenes mucho más agotadoras, ruinas humeantes, cadáveres en descomposición, aguas cenagosas y ensangrentadas, epidemias, torturas, prisioneros desgarrados por los perros, huidas enloquecidas hacia las orillas del lago a bordo de canoas cargadas de joyas y de estatuas preciosas... Los escritos indígenas posteriores a la conquista expresan crudamente la brutalidad del desgarramiento. Consignan la omnipresencia de la muerte en busca de víctimas hambrientas, heridas, enloquecidas.

Para los vencedores, la caída de la ciudad fue el punto culminante de una epopeya en la que muchos de los suyos murieron, apartados para siempre del botín de la victoria. Antes de transformarse en éxito, la conquista de México había sido una aventura sin desenlace previsible. Los episodios que desembocaron en la toma de la ciudad siguen siendo famosos. Se necesitaron tres expediciones españolas (1517-1519) para

que los conquistadores pisaran suelo mexicano y se lanzaran a la conquista del país. Desembarcados en Veracruz en abril de 1519, las tropas de invasores empezaron a avanzar en julio y, después de varias peripecias, llegaron a la capital mexicana en noviembre del mismo año. Fue aquélla la ocasión para un primer contacto entre los europeos y la ciudad indígena. ²⁶

La grandeza y la riqueza de la ciudad maravillaron a los invasores pero por largos meses la suerte de los españoles dependió de los indios. La incertidumbre dominaba las relaciones entre los dos campos. Los conquistadores codiciaban la riqueza vislumbrada, se sentían rebasados por el fasto de la corte de Moctezuma, pero desconfiaban de esos seres que practicaban el sacrificio humano con una regularidad y una convicción ante las cuales parecía no haber argumentos. Los mexicas no entendían ni la naturaleza, ni las intenciones, ni el comportamiento de sus visitantes: ¿se trataba de mercenarios de paso, de molestos embajadores o de una "quinta columna" anunciando siniestros acontecimientos y nuevas expediciones?

La coexistencia entre la pequeña tropa y los habitantes duró hasta el mes de mayo de 1520. Convertido en rehén de sus "visitantes", Moctezuma se enfrentó a una creciente oposición entre los suyos. Cuando Cortés dejó a sus hombres para dirigirse a la costa, el pánico poseyó a los españoles en la ciudad de México y organizaron una masacre preventiva, como era su costumbre en las islas del Caribe: reunidos en el patio del Templo Mayor en la fiesta de Tezcatlipoca, varias cen-

²⁵ Díaz del Castillo (1968), II, p. 337.

²⁶ Sobre este episodio, Bernard Grunberg, *Histoire de la conquête du Mexique*, París, L'Harmattan, 1995.

tenas de nobles indígenas cayeron mutilados, traspasados, decapitados por el acero de los conquistadores. La ruptura entre españoles y mexicas se había consumado. Primero a favor de los indios. Descontentos con las vacilaciones de Moctezuma, los adversarios del soberano atentaron contra su vida y pusieron todo en marcha para aplastar a los españoles.

Disminuidos por su inferioridad numérica y su profundo desconocimiento del terreno, los españoles buscaron la manera de huir del palacio donde se habían atrincherado. Lo lograron la noche del 3 de junio de 1520, bajo un aguacero. La historia guarda ese episodio con el nombre de *Noche triste*. Después de haber sufrido pérdidas considerables, los españoles y sus fuerzas indígenas reagruparon sus fuerzas en las orillas del lago y se refugiaron en Tlaxcala. ¿Se habían librado por fin los mexicas de los españoles? Ello equivalía a subestimar los estragos causados por las enfermedades traídas por los conquistadores. Era olvidar el peso de los aliados indígenas que ayudaron a los conquistadores.

Porque sería ilusorio imaginar, frente a los invasores españoles, un mundo indígena unido y monolítico. Indios y ciudades indígenas se unieron tempranamente a los conquistadores. Esas alianzas fueron decisivas. Es el caso de los indios de Tlaxcala, pero también el de una parte de nobles y tropas de Texcoco, ciudad vecina, no obstante vieja aliada de México-Tenochtitlan. Con tropas frescas, un aprovisionamiento asegurado e información de primera mano, Cortés inició el sitio de la ciudad. Durante tres meses, los combates no resultaron decisivos. Pero los españoles no soltaron prenda.

En mayo, los conquistadores lograron interrumpir el abastecimiento de agua dulce de la ciudad. El 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito, la ciudad de México cayó en manos de los conquistadores.

La conquista española rompió brutalmente el curso de la historia de la ciudad de México, precipitando la ciudad a la órbita occidental y llevándola a una metamorfosis que más tarde alcanzaría a la mayor parte del globo. Pero cualquiera que haya sido la fuerza de la hispanización y de la occidentalización que aquí inicia, la ciudad española —y la ciudad moderna después de aquella— nunca dejó de ser, en lo más profundo de ella misma, una hija nacida de la guerra y de la derrota.

SEGUNDA PARTE
TENOCHTTLAN,
CENTRO DEL UNIVERSO

VII. EL CENTRO DEL UNIVERSO

EN 1520, con sus trescientos mil habitantes, la ciudad mexicana era, probablemente, la ciudad más grande del mundo, antes que Constantinopla (doscientos cincuenta mil) y que París (doscientos mil).¹ Antes de someterla y destruirla, los conquistadores pudieron recorrerla y admirarla con toda tranquilidad. Las descripciones de Cortés o de Díaz del Castillo reflejan la sorpresa y la admiración suscitadas por el espectáculo de una ciudad que no era ni cristiana, ni judía, ni musulmana.

Al llegar a este momento, la memoria debería dejar de remontar el tiempo, o continuar haciéndolo en la Península Ibérica, explorando en Extremadura, Andalucía o Granada los orígenes de los españoles que concibieron y poblaron la ciudad colonial. Habría que seguir los primeros pasos de Antonio de Mendoza en la Alhambra de Granada o, años antes, dirigirnos a Medellín, ciudad natal de Cortés. Sin olvidar Gante, la lejana ciudad de Flandes de la cual es originario Pedro (Peter Moor), el futuro apóstol de los indios.

¿Indio o europeo? El pasado se bifurca. ¿Qué dirección tomar?

¹Jean Delumeau, *La Civilisation de la Renaissance*, Paris, Arthaud, 1967, p. 293; Rojas (1986), pp. 85-92.

EL MISTERIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Penetrar en la ciudad prehispánica es, en gran medida, un espejismo. México-Tenochtitlan pertenece a otro universo —Mesoamérica—, a una región del mundo que nunca había tenido la más mínima relación con Europa. Todo era diferente: las creencias, los dioses, los comportamientos, la concepción del tiempo, la percepción del espacio. Pero también la manera de recordar, de pensar y escribir el pasado. Incluso la vida urbana y la noción misma de ciudad. La palabra náhuatl *altepetl*, que generalmente se traduce como ciudad-estado, significa literalmente “el agua, la montaña”. Designa una realidad doble, que se compone de un territorio y de un núcleo urbanizado. En lugar de oponer —como hacemos nosotros— la ciudad al campo, los antiguos mexicanos concebían su entorno como una unidad más o menos vasta que combinaba lo urbano y lo campestre. Así, a la llegada de los españoles, México-Tenochtitlan constaba de cuatro grandes unidades, cada una constituida por cuatro subdivisiones (o *calpulli*) donde pueblo y campo coexistían. “La noción de una ciudad independiente del *altepetl* no entra en el vocabulario como una palabra específica.”²

Un *altepetl* no es una ciudad en el sentido europeo del término, aunque los franciscanos del siglo XVI traducen el vocablo indio por *pueblo* o *villa*. Así, las palabras nos traicionan sin cesar, las fuentes nos abandonan o rehúsan responder a nuestra curiosidad. Todo aparece deformado puesto que los únicos testimonios

orales y escritos de que disponemos provienen de los indios que vivieron bajo la dominación española. No solamente sus declaraciones sufrieron todo tipo de censura y autocensura sino que, además, la cristianización de las almas y el esfuerzo para darse a entender con los europeos modificaron la forma y el contenido de la información que aceptaban proporcionar. Lo demás no es más que vestigios arqueológicos, colosales, sorprendentes, enigmáticos, impenetrables las más de las veces. A pesar de estas salvedades, la curiosidad nos incita a sondear aquella ciudad. No es posible entender la evolución de la capital hispánica sin tomar en cuenta el resplandor del *altepetl* mexicana: a través de la presencia de la población india, la continuidad de ciertas instituciones, pero también esa memoria muda de los lugares y de las cosas que la muerte de la gente nunca elimina por completo. La opacidad intrínseca de esa realidad de origen prehispánico parece incluso hacer más fuerte su influencia puesto que, como un agujero negro, localizable pero inalcanzable, el *altepetl* escapa a nuestra mirada, como escapó al control de los españoles.

LA VOCACIÓN CÓSMICA DE LOS MAESTROS DE LA TIERRA

¿Qué es, pues, esta “ciudad” india, proveniente de una tradición sobre la cual ni Grecia, ni Roma, ni nuestra Edad Media hicieron la más mínima mella? ¿Qué era la ciudad a principios del siglo XVI? Una aglomeración de varias centenas de millares de habitantes repartidos sobre la traza dibujada por los canales y las calles que

² Lockhart (1992), p. 19.

cuadriculaban la ciudad. La segunda ciudad del valle, Texcoco, no contaba con más de treinta mil habitantes y éstos vivían dispersos alrededor de un enjambre de grandes palacios. Desde todos los puntos de vista, México-Tenochtitlan, apretado en sus islotes, era una excepción.

La riqueza y la hegemonía de la ciudad descansaban sobre pretensiones cósmicas. La sacralización del espacio efectuada por el cristianismo barroco al distribuir conventos, capillas, iglesias e imágenes milagrosas sobre el suelo de la ciudad tuvo —los españoles no lo ignoraban— un precedente pagano. Con una intensidad superior aún, el área sagrada de Tenochtitlan concentraba la energía de la Tierra y de los Cielos. Sobre aproximadamente quinientos metros cuadrados, este espacio agrupaba las casas de las divinidades, de sacerdotes y sacerdotisas, los colegios, los patios, los lugares para el sacrificio, es decir, un conjunto de más de setenta edificios. Dominando esta zona ceremonial, la pirámide del Templo Mayor se elevaba hacia el cielo: los santuarios gemelos de Huitzilopochtli, “colibrí zurdó”, dios de la guerra, y de Tláloc, dios de la lluvia y los agricultores, ocupaban la cúspide. Dos tramos de escaleras conducían a esos oratorios desde donde la vista se extendía sobre la ciudad y los lagos, abarcando el conjunto del valle hasta los volcanes divinos resplandecientes de nieve.

Para los mexicas, el Templo Mayor irradiaba una presencia desbordante de energía, una memoria viva y habitada. Era el centro del universo. Era Coatpec, la Montaña de la Serpiente, el lugar donde su dios Huitzilopochtli aplastó a sus enemigos y mató a su her-

mana Coyolxauhqui, cuya estatua rota yacía al pie de la pirámide. En el Templo Mayor y en sus inmediaciones se desarrollaban importantes rituales fijados por el calendario sagrado. El sacrificio humano ocupaba un lugar esencial. La ejecución de cientos y hasta miles de guerreros enemigos daba a las divinidades la energía que les permitía dar vida al universo.

El sacrificio humano no era un acto aislado, sino el punto culminante de procesiones, desfiles, danzas acompañadas de música y cantos según liturgias metódicamente organizadas. Los cantos exaltaban las acciones militares, daban a conocer los valores esenciales de México-Tenochtitlan, evocaban la memoria de los ancestros. Las danzas ofrecían a los nobles, a los guerreros y a las prostitutas sagradas la posibilidad de presentarse en todo su esplendor, cubiertos de adornos de oro, plumas multicolores y algodón pintado. En esas ocasiones, pintores de ambos sexos llegaban a la plaza del mercado para decorar rostros, brazos y pieñas de los bailarines.³ Una “casa de danza” situada sobre lo que se convertiría en el Portal de los Mercaderes transmitía ese arte a los jóvenes y mucháchas venidas de los diferentes barrios de la ciudad.⁴ Esta casa tenía varias salas dispuestas alrededor de un gran patio destinado a los ensayos generales.

Las festividades no se restringían al espacio urbano: un día al año, los sacerdotes se dirigían al campo, sobre colinas y montañas, para hacer sacrificios al dios de la caza. Las procesiones recorrían la ciudad y sus alrededores, ocupando un territorio correspondiente a los

³ Morolinda (1971), p. 74.

⁴ Durán (1967), I, p. 190.

límites de la urbe tal y como la conocemos el día de hoy. Una de ellas salía del área ceremonial de Tenochtitlan, alcanzaba Tlatelolco y luego Acolman —donde cuatro prisioneros de guerra, *mamalin*, eran sacrificados— antes de llegar a Azcapotzalco. El cortejo entraba después a Tacuba y continuaba su camino hacia el suroeste hasta Churubusco, antes de volver a alcanzar Tenochtitlan directamente. Este recorrido de unos veinte kilómetros se efectuaba en aproximadamente seis horas.⁵

Otras fiestas organizadas en las ciudades vecinas atraían a los habitantes de México-Tenochtitlan: las del dios del fuego se desarrollaban en Tacuba, Coyacán y Azcapotzalco. Durante ese ritual, las víctimas del sacrificio eran arrojadas al fuego por los sacerdotes, antes de retirarlas aún palpitantes del brasero para arrancarles el corazón. Más lejos hacia el noroeste, en Cuauhtlán, durante las fiestas del mes de Izcalli, los sacerdotes vestidos con la piel de la mujeres que habían descollado vivas descendían lentamente los escalones de la pirámide delante de una asistencia maravillada que exclamaba: "Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses". Los sacerdotes sacrificaban ocho mil corderos bajo los ojos de una muchedumbre que acudía desde lugares ubicados a más de diez leguas.

Las grandes liturgias urbanas sucedían con un ritmo sostenido: fiestas del mes, de la veintena, de la treceña, de los barrios, entronización de los soberanos, celebración del Fuego Nuevo cada cincuenta y dos años... Estas ceremonias movilizaban a una parte considerable

⁵ Motolinía (1971), pp. 69, 61.

de los recursos materiales y humanos de la ciudad indígena. A través de ellas los individuos se integraban a sus barrios y a su ciudad pues se les asignaba un papel, aunque fuera muy modesto, en su desarrollo. En el seno de colegios, barrios y casas, los indios preparaban incansablemente las celebraciones. Barrían por todos lados el polvo. Ayunaban varios días, contentándose con comer, a medianoche, los *tzollis* (tortillas de maíz y de amaranto) con miel y un poco de agua. La epa de los preparativos se acompañaba con la práctica del autossacrificio: los indios se perforaban la lengua, los lóbulos de las orejas, los senos o el pene para ofrecer su sangre y su dolor a las deidades. Estos preparativos estimulaban, día y noche, una febril actividad, mientras que los sacrificios desprendían una energía preciosa y las danzas sumergían durante horas, incluso días enteros, los cuerpos y sus adornos en movimientos marcados por el ritmo de las flautas y los tambores. Estas actividades tenían un alcance cósmico: contribuían a la animación del cosmos y retardaban el ineludible fin del mundo, tan temido por los indios.

En la ciudad mesoamericana se consideraba que el tiempo era fruto de una creación. Por esta razón era susceptible de transformarse: podía disminuir, prolongarse, incluso acelerarse. La ciudad se veía súbitamente tomada por una lentitud calculada, y también podía acelerarse para calmar a los dioses, cual corazón cuyos latidos varían según sus necesidades. Algunos ritos retardaban el tiempo: antes de morir bajo el cuchillo del sacrificador, el cautivo ascendía paso a paso la escalera del templo, deteniéndose en cada escalón, detallando cada gesto, cada inflexión. Carreras enloquecidas

LOS "HIJOS DE ALGUEN"

El ritual colectivo mantenía el consenso en torno a los nobles y a la dinastía. Tal era el precio de la cohesión urbana, *a fortiori* en una aglomeración de este tamaño. Como en la ciudad barroca, metafísica y política se confundían en el gran escenario de la ciudad de México. Al igual que los autos de fe de la Inquisición española, los holocaustos de Tenochtitlan no constituían actividades socialmente aberrantes o gratuitas. Al comprometer a todo el conjunto de la población, la actividad ceremonial reforzaba la influencia de los medios dirigentes sobre el pueblo de los *machuales*, y al mismo tiempo aseguraba la asimilación de una ética compartida por todas las clases de la sociedad mexicana.

Las élites urbanas, cuya supremacía se manifestaba espectacularmente en sus fiestas, agrupaban a gente de guerra, a sacerdotes y a mercaderes. La nobleza reunía a los miembros de la dinastía reinante, a los linajes aliados y a una nube de dependientes nobles, a los cuales se les llamaba *pipiltin*, "hijos de alguén".

La dinastía reinante ocupaba la cima del edificio. En 1503 el soberano titular, Moctezuma II, tenía unos veinte años.⁷ Acababa de acceder al poder, vacante después de la muerte de su tío Ahuizotl. El "Gran Orador", o *tlatoani*, vivía rodeado de una corte y de un embrón de burocracia encargada de organizar las relaciones con gran parte del actual territorio mexicano, de administrar el tributo proveniente de todas partes y de manejar la enorme ciudad de México-Tenochtitlan.

producían el efecto contrario: imprimían una brusca aceleración al curso de las cosas. Así, para celebrar a Huitzilopochtli durante la fiesta de Panquetzaliztli los sacerdotes hacían correr a un hombre con la imagen del dios en sus brazos. La gente se lanzaba entonces a perseguirlo, tratando de atraparlo. La ceremonia se llamaba *ipaina Huitzilopochtli*, "la presa, y velocidad y ligereza de Huitzilopochtli". El corredor salía del santuario de Huitzilopochtli en el Templo Mayor, tomaba la calzada de Tacuba, alcanzaba Tacubaya, salía a Coyoacán, desde donde llegaba a Churubusco para regresar a Tenochtitlan sin parar nunca. "Iba tras él gran multitud de gente, de hombres y mujeres, con toda la prisa del mundo, y aun dicen que algunos porfaban por alcanzar al indio que llevaba el ídolo para quitárselo, y al que lo alcanzaba, aunque pocas veces acontecía, teníanlo por hombre de valor y bien afortunado, a quien el dios había de conceder grandes mercedes, pues había permitido que aquél le alcanzase." En el trayecto, los habitantes levantaban arcos de triunfo cubiertos de plumas de colores y de flores, sembrados de pequeños estandartes de oro, cerca de los cuales tocaban orquestas de percusiones, trompetas y caracoles marinos. De regreso a Tenochtitlan, los sacerdotes recibían al ídolo de Huitzilopochtli y lo mostraban a las víctimas alineadas a la espera del sacrificio.⁶

⁶ Durán (1976), I, pp. 283-285.

⁷ Michel Graulich, *Montezuma*, París, Fayard, 1994, pp. 59-60.

tían. Los jueces, el consejo de guerra, los contadores del Tesoro acompañaban al soberano en sus múltiples tareas.

El palacio construido por Moctezuma se levantaba cerca de la muralla meridional del Templo Mayor. Una de las salas podía recibir, ella sola, a tres mil personas. Patios espaciosos adornados con fuentes y pilas iluminaban los muros cubiertos de piedras semipreciosas y los entablados de ciprés, pino y palmera. Objetos de oro y de plata engastados con piedras y plumas exóticas reproducían todas las criaturas que poblaban la tierra. Esferas tiradas en el piso, revestimientos de algodón y plumas tan finas como la seda, asientos de juncos cubiertos con piel de puma y de ciervo adornaban los interiores sin ventanas, iluminados por braseros y antorchas de ocote. Había aposentos para albergar a los huéspedes notables, dependencias especiales alojaban a los artistas que divertían al *tlatoani*: bufones, malarbaristas, acróbatas, bailarines, músicos y cantantes. Almacenes atesados de víveres y de armas ocupaban otras alas del palacio. Se estima que los servicios del palacio empleaban a varios miles de personas.

Las residencias del príncipe comprendían los jardines plantados con centenas de especies y adornados con pabellones donde Moctezuma gustaba relajarse, rezar e instruirse. Un jardín botánico y una especie de zoológico eran las principales atracciones. Trescientos indios cuidaban a los pájaros y a los animales, que, probablemente, eran los dobles de los principales dioses. Ese zoológico tan particular era un santuario reservado al *tlatoani*. Ello explica la sorprendente alimentación ofrecida a los animales: serpientes, jaguares

y pumas comían los torsos de las víctimas humanas que los sacerdotes acababan de sacrificar a los dioses. Por último, una sala reunía especímenes de hombres, mujeres y niños albinos. Y para que nada faltara a las colecciones del príncipe, otros cuartos alojaban monstruos, jorobados, enanos que, según se creía, estaban dotados de poderes sobrenaturales.

Los jóvenes nobles que frecuentaban el palacio se formaban en colegios asociados a los templos, los *calmecacs*. Ahí, los sacerdotes los iniciaban en las tareas de la guerra, de la administración y del servicio a los dioses. Al son de caracoles y tambores, teponaztes, los adolescentes aprendían los pasos que los llevarían, durante horas, a realizar las danzas rituales. Estos jóvenes sometían sus cuerpos a interminables maceraciones y sufrían una severa disciplina cuyo puritanismo mantenido causó, más tarde, la admiración de los monjes españoles. Había sacerdotes que enseñaban a los jóvenes el contenido de los himnos, haciéndoles recitar los orígenes de los dioses y la fundación de su ciudad. El desciframiento de los manuscritos polícromos revelaba los saberes divinos: "lo rojo, lo negro", los calendarios de las fiestas, las transformaciones de las divinidades, la historia de los soberanos. Otras "pinturas" enumeraban las ciudades vencidas e inventariaban los tributos depositados en México-Tenochtitlan.

Los cleros de las diferentes divinidades no sólo se ocupaban de la educación y los sacrificios. Todos estos sacerdotes eran los maestros de ceremonias de una ciudad que continuamente se convertía en el espectáculo de sí misma. Su papel era aún más considerable que el del clero católico después de la conquista española.

A su cabeza, dos dignatarios supremos que llevaban el nombre de Quetzalcóatl dirigían a un sínfin de sacerdotes repartidos entre los múltiples santuarios.

Cerca de los principales templos había residencias que alojaban a las mujeres dedicadas, por un periodo más o menos largo, al culto de las divinidades: "A éstas los españoles llamaron monjas".⁸ Estas jóvenes vírgenes rodeadas de matronas consagraban su tiempo a hilar y tejer las telas y capas destinadas "al servicio de los templos". También estaban encargadas de limpiar el atrio del santuario mientras que los sacerdotes se reservaban la tarea de barrer la cúspide de las pirámides y los oratorios donde vivían los dioses.

La ciudad prehispánica tenía sus bibliotecas, o su equivalente. Eran salas contiguas a los santuarios donde se guardaban manuscritos pintados sobre hojas de agave y pieles de venado. La mayoría de ellos desaparecieron después de la conquista, quemados, arrojados al lago o enterrados para sustraerlos a la furia de los europeos. En la ciudad de México, como en toda la región central del país, la transmisión del conocimiento y de los rituales era cuestión de memoria, de tradición oral y de imágenes. Desprovistos de escritura de tipo alfabético o fonético, los indios letrados utilizaban los recursos de la visualización y del color para conservar el recuerdo de las cosas: signos realistas, estilizados o abstractos —las pictografías— y variaciones cromáticas fijas, con una sofisticación impresionante, los ciclos de sucesos transcurridos y la cosmogonía. Agrupados en talleres bajo la dirección de un maestro, los

pintores, *tlacuilo*s, copiaban pinturas antiguas o recurrían de frescos los muros de palacios y santuarios. Los escultores, en cambio, tallaban en jade y en basalto nuevas estatuas, cuando no reproducían modelos provenientes de un lejano pasado o de provincias distantes. Los amantecas creaban adornos multicolores que los guerreros vencedores y los soberanos usaban en las fiestas. Joyeros, sastras y armeros se atareaban al servicio de varias decenas de miles de nobles.

Otro medio poderoso y cortésano, los mercaderes, *tlahuiltecas*, garantizaba el comercio de larga distancia. Los banquetes que ofrecían estaban a la altura de la riqueza que amasaban. Gracias a ellos los objetos de lujo llegaban a la ciudad de México y los mercados de la ciudad desplegaron una opulencia que maravilló a los conquistadores. También entre ellos se encuentran los ciudadanos mejor informados sobre América. Su contacto con Michoacán en el noroeste o con sus colegas mayas de América Central les proporcionaban noticias que llevaban al Gran Orador. Probablemente ellos fueron de los primeros en enterarse de la existencia de esos seres extraños que se desplazaban sobre inmensas pirámides flotantes a lo largo de Honduras y Yucatán.

Todas las residencias poseían jardines adornados con piscinas y estanques. La sombra de los patios protegía las pilas de los rayos del sol de mediodía. Los nobles se sumergían en estanques alimentados con aguas de manantial, perfumadas, por las flores que cuadrillas de hábiles jardineros cultivaban. En México-Tehuacán el arte de los jardines estaba tan avanzado que daba a la ciudad prehispánica el aspecto de un gran vergel acariciado por el viento. La ciudad sedujo a los

⁸ Motolinía (1971), p. 75.

invasores españoles no obstante estar acostumbrados a los refinamientos de los parques musulmanes y mozárabes. Entre los árboles y los matorrales floridos, el canto de los himnos sagrados se mezclaba todos los días con el de los pájaros anidados en los follajes. Íntimamente asociados al culto de los dioses del agua, los jardines de México-Tenochtitlan —salvados del olvido gracias a los pocos frescos que se conservan hasta hoy— eran reconstrucciones en miniatura de los paraísos divinos. Imágenes del Tlalocan para complacer a señores y grandes mercaderes.

EL FLORECIMIENTO MEXICA

“La ciudad también tenía algo de milagro económico y social particularmente.”⁹ Debía superar numerosas desventajas: ni algodón, ni recursos valiosos como plumas, oro o piedras preciosas; una situación lacustre que la exponía a las inundaciones e incomodidades de un suelo pantanoso; numerosos vecinos con más tiempo y por lo tanto más prestigio que ella. La ciudad de Moctezuma tenía, sin embargo, casi dos siglos detrás de ella. Un lapso de tiempo muy corto en comparación con otras grandes ciudades de Mesoamérica, pero suficiente para arraigar en un sitio tan inhóspito.

Durante todo el siglo xv, México-Tenochtitlan experimentó un crecimiento prácticamente ininterrumpido, al compás del progreso de su ejército. Las reconstrucciones sucesivas del Templo Mayor fueron su reflejo

⁹ Inga Clendinnen, *Aztec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 19.

su glorificación. En 1487, Ahuizotl inauguró el Templo Mayor como lo descubrieron los españoles en 1519.¹⁰ En esa ocasión, miles de indios —de veinte mil a más de ochenta mil según las fuentes— murieron sacrificados: a un ritmo infernal, víctima tras víctima, los sacerdotes extrañan el corazón de los sacrificados en honor al Sol antes de decapitarlos para ofrecerlos a la Tierra. Si se contabilizan los invitados que vinieron de todo México, si se agregan las centenas de miles, incluso el millón de espectadores originarios del valle de México, reunidos alrededor del Templo Mayor, en los barrios de Coatlán, Tzomolco, Apantecuacán, Xopico y otros, y las ciudades por las que las víctimas pasaron, el éxito de la inauguración de 1478 no será igualado por ninguna fiesta barroca. Habrá que esperar hasta los juegos olímpicos de 1968 para rebasar esas cifras.

El traslado de las víctimas en largas filas, la evacuación de los cuerpos, la distribución de las “mejores piezas” destinadas a los banquetes antropofágicos, el control y el abastecimiento de la asistencia eran problemas logísticos a la altura de México-Tenochtitlan. Los restos que no se consumían se transportaban al lago: “Los cuerpos y las tripas los llevaban luego a echar en medio de la laguna mexicana detrás de un peñón que se llamaba Tepetzinco, y echábanlos en un ojo de agua que corre por debajo de las venas y entrañas de la tierra, que se llama Panitlán, que hoy día está.”¹¹ Las cabezas,

¹⁰ Michel Graulich, “Inauguration du temple principal de Mexico en 1487”, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, xxi, 1991, pp. 121-143.

¹¹ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, México, Vrijl, 1878, p. 517.

ensartadas en estacas de madera, formaban una inmensa estructura llamada *tzombanilli*, mientras que otras terminaban empotradas en las paredes del Templo Mayor.

Justamente un predecesor de Ahutzotl, Moctezuma I (1440-1468), es quien se lleva el mérito de haber iniciado los trabajos de ampliación del Templo Mayor. El comienzo de los trabajos de un área ceremonial tan grandiosa movilizó mano de obra y recursos materiales de todo el valle. La explotación de las canteras de piedra de la región y la tala de bosques alcanzaron una importancia sin precedentes. En realidad, las construcciones de Moctezuma I fueron la traducción urbana de la extensión del imperio. El soberano dio órdenes de instalar bajorelieves que describieran sus conquistas a los lados del Templo Mayor y de tallar una enorme piedra destinada al sacrificio guerrero.¹² Estas primeras grandes obras transformaron la apariencia de la ciudad, que poco a poco se convertía en una aglomeración de apéritos insaciables.

Sin embargo, la capital de Moctezuma I no hubiera podido desarrollarse sin la independencia que había conquistado unos veinte años antes, en 1428. Efectivamente, en esa fecha la ciudad dejó de ser tributaria de la ciudad de Azcapotzalco para comenzar una carrera autónoma. Así, fue asegurando de manera gradual algunas ventajas sobre las ciudades vecinas, superando los inconvenientes de su situación lacustre. Sus victorias le garantizaron el abastecimiento de agua potable, verduras, cereales y materiales de construcción que necesitaba con urgencia.

¹² Nigel Davies, *The Aztecs. A History*, Londres, MacMillan, 1973, pp. 118-119.

Equilibrante en esa época —el segundo cuarto del siglo XV— los mexicas hicieron construir una inmensa calzada entre México-Tenochtitlan y las fértiles chinampas de Xochimilco, al sur del valle: "El modo de hacerla fue sobre mucha cantidad de estacas, piedra y tierra sacada de la misma laguna, como céspedes".¹³ Este malecón facilitó la circulación de hombres y de productos y, al mismo tiempo, permitió controlar el flujo de agua de los distintos lagos. La delimitación de zonas pesqueras reservadas a la gente de Tenochtitlan se remonta también a esta época.

TOLLAN, LA MARAVILLOSA

Desde ese periodo los mexicas sueñan con habitar, ellos también, una nueva Tollan.¹⁴ Un poco como los europeos de la Edad Media y del Renacimiento hacían de Roma o de Jerusalén la ciudad ideal, el modelo insuperable o que había que imitar, los mexicas y los nahuas del centro de México cultivaban el recuerdo y la imagen de una ciudad antigua, tierra de abundancia, remanso de riqueza y civilización. Tollan era el prototipo al que toda ciudad encaminada a la hegemonía aspiraba. Los relatos de los ancianos evocan una ciudad con palacios de oro y turquesa, con tal agudeza que es posible imaginar, sin ningún esfuerzo, sus santuarios recorriéndose en el cielo traslucido del altipla-

¹³ Durán (1967), II, p. 113.

¹⁴ Es tal vez a un personaje influyente políticamente pero que nunca gobernó, Tlazeclil, a quien debemos atribuir este acercamiento entre Tollan y Tenochtitlan.

no. Tollan adoraba a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, en cuatro palacios: una casa de oro orientada hacia el este, una de turquesa vuelta hacia el oeste, una casa de conchas y plata que daba hacia el sur y otra engastada de conchas rojas abierta al norte. Los toltecas tenían fama de ser artesanos talentosos: ellos inventaron el trabajo de la pluma —cuya continuidad hemos visto a principios de la época colonial— y también crearon la pinura pictográfica.

¿Qué era Tollan, “el lugar de entre los juncos”, exactamente? ¿Una ciudad al norte del valle de México, hoy llamada Tula, dominada por pesados atlantes de piedra? ¿Una serie de metrópolis más o menos efímeras, albergues de un ideal de civilización y urbanidad? ¿Quetzás Cholula en el valle de Puebla o Chichén Itzá en el Yucatán tropical de los mayas? ¿Una ciudad celeste o una capital del mundo subterráneo? ¿O tal vez una utopía de los orígenes elaborada por los sabios de los colegios *calmécac* y de los jefes en busca de legitimidad?

Tollan parece haber cristalizado el conjunto de estas acepciones, remitiendo, al mismo tiempo, a la Tula histórica —cuyo apogeo se sitúa alrededor del siglo X— y al equivalente indígena de nuestra representación de metrópoli, de civilización y de creación estética. Tenochtitlan quería ser, a cualquier precio, una réplica de Tula. Había signos que corroboraban espontáneamente este íntimo parentesco y otros, forjados por los hombres, reforzaban la analogía. Como Tula, Tenochtitlan era una ciudad “entre los juncos”. Como Tollan-Cholula, Tenochtitlan poseía su templo a Quetzalcóatl.¹⁵

¹⁵ Davies (1973), pp. 30-32.

La presencia de objetos y animales originarios de todo México en las ofrendas descubiertas en el lugar del Templo Mayor no es fortuita. De la misma manera que el abanico de seres y objetos tributados o las “colecciones zoológicas” de Moctezuma, la acumulación obsesiva de todas las formas de vida en Tenochtitlan expresa el deseo de reconocer a Tula en la creación de una abundancia sin límites.

La referencia a Tollan está igualmente saturada de implicaciones políticas. El poder supremo, la legitimidad emanaban originalmente de Tollan, lo cual explica sin duda que los príncipes mexicas conservaran la costumbre de contraer matrimonio con las hijas de los señores de Tula. Y en la época española no hay que sorprenderse si un lejano heredero de Moctezuma que llegó de España para gobernar como virrey en México, haya llevado el doble título de conde de Moctezuma y de Tula... La imagen de Tollan condensaba también el recuerdo de una ciudad más antigua e históricamente corroborada: Teotihuacan. En su momento dominó Mesoamérica. Hoy, las ruinas de Teotihuacan se levantan al noreste del valle de México, a unos treinta kilómetros de la capital mexicana. En su apogeo, hacia el año 400, la ciudad cubría más de veinte kilómetros cuadrados y concentraba cerca de cien mil habitantes. Las pirámides del Sol y de la Luna —aún visibles— proclaman la grandezza de una ciudad cuyo confuso recuerdo perduró hasta la época de la conquista española. Un área ceremonial, calzadas, barrios especializados materializan las proezas de una urbanización completa, algunos de cuyos principios inspiraron todavía la traza de Tenochtitlan; en particular la convergencia de

calzadas en un punto central. Provenientes del norte, del este, del sur y del oeste, estas vías dividían Teotihuacan en cuatro grandes barrios.

EL MILAGRO DEL ORIGEN

Aprovechando la herencia acumulada por Teotihuacan, Cholula, Tula y muchas otras ciudades, México-Tenochtitlan no tuvo que inventar todo. Al contrario, le bastó copiar, arreglar y ampliar. Pero la singularidad que reivindicó sin cesar la obligaba a forjarse un origen digno de su futuro.

El telón de fondo es rústico y prodigioso al mismo tiempo. Rústico puesto que, aun revisado y corregido, el inicio de la ciudad deja traspasar una prehistoria modesta: un pueblo de emigrantes que subsistía en un pantano, nutriéndose de pescado, pato, lombrices e insectos; un puesto de mercenarios tolerado por las potencias vecinas que los utilizaban a su antojo para sus conquistas. Nada muy prestigioso para quien pretende dominar el universo. A diferencia de los conquistadores, que tomarían posesión de una capital espléndida, los mexicas empezaron de la nada.

El prodigio también tiene un lugar en la escena. El suceso se remonta a 1325,¹⁶ es decir, dos siglos antes de la invasión española. Al término de largas peregrinaciones y de una estancia agitada en el valle de México, los mexicas se pelearon con los señores de Culhuacán. Expulsados de la ribera del lago, los mexicas se refugia-

ron en medio de los pantanos donde, aconsejados por sus dios Huitzilopochtli, descubrieron una fuente maravillosa inmersa en una sorprendente sinfonía de blancos: la fuente corría al pie de un sabino blanco, los sauces de los alrededores eran blancos así como los carrizos; blancos eran los juncos, las ranas, los pescados y las culebras "que empezaban a salir del agua". De una quinta abierta hacia el oriente brotaba un agua de fuente de otra orientada hacia el norte fluía un agua verde, y ambas corrientes se entrecruzaban". Verde, rojo y blanco, los futuros colores nacionales mexicanos presidiaron el nacimiento de la ciudad.

Pero el dios Huitzilopochtli anunció una segunda fuente: "Regresen a los carrizos: ahí verán un cactus *tonchilli* y, felizmente parada encima, el águila elevada, el águila que devora y se calienta al sol... Y ahí será nuestra ciudad México-Tenochtitlan, ahí donde chillará el águila, ahí donde se desenvuelve y come, ahí donde saltan los peces, ahí donde silba la serpiente; México-Tenochtitlan y ahí sucederán muchas cosas". Otras fuentes señalan el calor del sol, evocan la frescura de la mañana, delinean una gama de colores, verde, azul, rojo, amarillo y blanco: eran las plumas de las aves preciosas de las que el águila espléndida se nutría. "Y en ese lugar, donde vean el águila parada en el nopal, lo llamaré Tenochtitlan."

Internándose en los juncos, los mexicas encontraron la fuente del día anterior: sus aguas se dividían en dos arroyos, uno rojo como la sangre, el otro azul y espeso. Luego encontraron al águila sobre el nopal. "Por fin hemos sido dignos, hemos sido recompensados,

¹⁶ Davies (1973), p. 37, propone la fecha de 1345.

hemos visto el signo maravillados; aquí será nuestra ciudad".¹⁷

Los mexicas se establecieron definitivamente en medio de la laguna, en un lugar virgen, bajo la protección de su dios Huitzilopochtli. La fecha 2-Casa marca la fecha oficial de la fundación. Corresponde, en nuestro calendario, al año de 1325, es decir, once años antes de que en Europa estallara la guerra de Cien Años.

Pero ¿de dónde venían esos indios, que ya habían tratado de volverse sedentarios dos veces, sin éxito, particularmente en la ribera, en Chapultepec? Aquí también la imaginación de letrados y sacerdotes mexicas dio a luz una versión impecable. La prehistoria del grupo se resumía en dos palabras: Aztlán y migración. Los fundadores de México habrían salido de una lejana ciudad, situada en el noroeste del país, Aztlán, lugar de las grullas. En ese entonces —y solo entonces— se llamaban aztecas, nombre que los historiadores han utilizado incorrectamente durante mucho tiempo para referirse a los habitantes de la ciudad de México, y a veces a los indios de todo el país.

La historia de Aztlán y de los aztecas nos llevaría muy lejos de la ciudad de México-Tenochtitlan. De hecho, la ciudad de Aztlán es una creación *a posteriori*: reflejo proyectado al pasado, es la doble mítica de México-Tenochtitlan. Los mexicas del siglo xv se inventaron un lugar de origen recortado a partir del modelo del medio ambiente que los rodeaba, como si el pasado duplicara el presente en lugar de precederlo o prefigurarlo. Como México-Tenochtitlan, Aztlán es una

¹⁷ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Cónica mexicoyotl*, México, UNAM, 1975, pp. 64-66.

ciudad rodeada de agua. Como aquélla, Aztlán se ubica bajo el signo del blanco. Como México-Tenochtitlan, la otra goza de una naturaleza acuática en la que abunda el pescado, la rana, el gusano *icauitli*, el insecto *axauatl*, el pato *tlalalacatl* o el ave falaropa *chichicui* (como en México-Tenochtitlan, los habitantes se transportaban en barcas y hacían chinampas para cultivar las verduras con que se alimentaban. Al instalarse en México-Tenochtitlan, los mexicas regresaban al lugar de origen, volvían a encontrar la ciudad perdida, se lanzaban al punto final que se confundía con el punto de partida. Pescadores lacustres habían sido, pescadores volvían a ser.

La simetría es perfecta hasta en los detalles más ínfimos. Este mito revela que los mexicas no manipulaban la historia de cualquier manera. La espléndida austerialidad del mito procede de una imaginación que no deja nada al azar: el águila es una manifestación del dios Huitzilopochtli, quien guía a su pueblo; los nombres de quienes salieron de Aztlán son los mismos de quienes llegaron a Tenochtitlan; los colores se repiten. Cada color tiene un sentido preciso, sus combinaciones ofrecen, a su vez, otros significados que los estudiosos aprendían de memoria en los colegios *calmecaca*.

Este mito es un montaje que responde a varias motivaciones: primero, sirve para explicar la elección de un lugar tan inhóspito, admitido a falta de algo mejor, aceptado por obediencia y piedad. Los migrantes no hicieron más que seguir a su dios tutelar, de quien recibieron el equivalente a la tierra abandonada y perdida para siempre. Mejor aún. El montaje legítima la presencia de los recién llegados. Al identificar Aztlán

con México-Tenochtitlan, los migrantes regresaban, en cierto sentido, al punto de partida, no usurpaban nada ni robaban a nadie. En otros términos, "se reintegraban"¹⁸ a su territorio. Así se cerraba el ciclo. Su concepción circular del tiempo hacía totalmente natural esta forma de ver las cosas. Por último, la existencia de Aztán establecía la singularidad de los mexicas con respecto a los otros grupos nahuas. El mito señalaba y sacralizaba la diferencia de aquellos que venían de Aztán la Blanca.

Es por ello que la ciudad prehispánica podía modelarse bajo la magia de las ciudades del pasado sin dejar de ser incomparable. Ésta es la versión que en el siglo xvii los informantes indígenas repitieron a los españoles y que nos transmitieron en las pinturas de los códices y en los caracteres latinos de las crónicas.

VIII. A TRAVÉS DEL ESPEJO

¿O E HABÍA ANTES DEL ORIGEN? ¿Cómo fue la prehistoria de la ciudad mexicana? La pregunta no es absurda. La escritura del pasado no se limitó a poner en escena la intervención del dios tutelar. Probablemente la manipulación tuvo que ver con otros asuntos. Como si se quisiera ocultar una realidad menos aceptable. Por ejemplo, que los primeros mexicas habían, simple y llanamente, tomado el lugar de pobladores más antiguos instalados en la zona desde hacía mucho tiempo. La vez esto es lo que el soberano Itzcóatl (1426-1440) quiso borrar de la memoria cuando decidió quemar los códices anteriores a su reinado. Ya nada impediría que México-Tenochtitlan impusiera una versión prestigiosa y heroica de sus orígenes.

LA PREHISTORIA DESCONOCIDA

Vivamos pues este expediente, bastante oscuro aún. Antes de la fundación de Tenochtitlan, el valle de México no tenía nada que ver con un espacio vacío y silencioso, o con lagos desiertos dominados por volcanes. Durante miles de años, pobladores y ciudades se fueron remplazando unos a otros. Cuando llegaron los futuros fundadores de la ciudad de México encontraron el valle ocupado por señoríos que, en su mayoría,

¹⁸ Duverger (1983), pp. 144-165, 99-100, 109.

IX. EL IMPOSIBLE "APARTHEID"

EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1519 los españoles entran por primera vez a México-Tenochtitlan; en agosto de 1521, ya son los vencidos de la ciudad. Los vencidos sufren en carne propia el episodio de la conquista. La devastación, las guerras humanas, la instalación de los vencedores, la destrucción de México-Tenochtitlan, centro del universo, trastornan a los sobrevivientes. La humillación de la derrota aplasta a la población. Esta vez, sin embargo, los vencedores no son otros indios. Esta vez es el sentido de las cosas que vacila, a medida que el yugo prehispánico se deshace con su austera pesadez y sus tranquilizantes ruinas.

Sin embargo, nada es más falso que imaginar un mundo precipitado instantáneamente en el otro. Cataclismos más recientes —en Europa oriental por ejemplo— nos enseñan a distinguir mejor entre el ruido de los sucesos y los derrumbes complejos, y a veces multicaúcticos, que estas rupturas desencadenan o acompañan. En la ciudad de México, la victoria militar es hundadora —la ciudad hispánica nace de la guerra—, pero ello no borra de un solo trazo sangriento todo el pasado indígena. Durante decenas de años, los indios y las indias educados antes de la conquista conservan en ellos y a su alrededor trozos enteros del mundo desaparecido, mientras que los invasores siguen siendo europeos durante mucho tiempo aún, alejados de sus

raíces ibéricas, dudando en quedarse e inciertos sobre su destino.

El enfrentamiento de dos mundos —indios contra españoles— no se limita tampoco a una convivencia distante. Eso sería un atajo simplificador, peligrosamente maniqueo. En la ciudad de México, campo de observación excepcional, los dos universos se desgran, entrechocan, se transforman mutuamente y, a la fuerza, coexisten.

De todo ello se desprende una dinámica irresistible, incontrolable e ininterrumpida que va aniquilando vidas, referencias y pasados para engendrar una ciudad nunca vista, la primera ciudad americana.

El caos

La ciudad del Renacimiento nace del caos. Las últimas semanas del sitio y los meses que siguen a la toma de la ciudad mexicana tienen tintes apocalípticos. El cronista franciscano Motolinía nos lega una descripción impactante, al comparar las calamidades que se abatieron sobre México-Tenochtitlan con las plagas de Egipto descritas en el Antiguo Testamento. Sus habitantes mueren asesinados sobre los campos de batalla y los lagos, masacrados entre los escombros, exterminados por el hambre. El fraile evoca con imágenes de una negrura lancinante, "el agua cenagosa de la laguna de México [...] en la cual andaban los muertos hinchados, sobreaguados, a manera de ranas tienen los ojos salidos del casco, sin cejas, ni cobertura, tirando a una parte y otra [...] Y andaban sus cuerpos en el agua como

en tierra, hediendo como pescado hediendo, de lo cual nunca los enfermaban".¹

Con más fuerza aún, los vencidos expresan su desespero. Un testimonio irremplazable nos entrega la versión de los indios de Tlatelolco:

Con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados,
En los caminos yacen dardos rotos.
Los cabellos están esparcidos,
Desrechadas están las casas,
Entrojecidos tienen sus muros.
Cusanos pululan por calles y plazas
Y en las paredes están los sesos.²

Un espantoso olor de podredumbre flotaba sobre la ciudad. Cuauhtémoc, el antiguo gobernante de México-Tenochtitlan, pidió a Cortés la autorización de hacer evacuar la ciudad. Durante tres días, columnas de hombres, mujeres y niños, esqueletos amarillentos, cuerpos sucios y extraviados se arrastraron por las tres calzadas que unían México-Tenochtitlan con la tierra firme. Después de este éxodo, no quedó más que un puñado de infelices, incapaces de desplazarse: "Lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echaban los pueros muy flacos que no comen sino hierba".³ De tanto desfondarse en combates y destrucciones, el suelo de la ciudad parecía un campo arado. Sus habitantes habían arrancado todas las plantas comes-

¹ Motolinía (1971), pp. 24-25.

² "Relación de Tlatelolco", en *Anales de Tlatelolco. Unos anales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, versión de Heinrich Bertin, México, Porrúa, 1980, pp. 70-71.

³ Díaz del Castillo (1958), II, p. 65.

tibles hasta la raíz y desprendido la corteza de los árboles para cocerla. No había una sola gota de agua potable. Cortés ordenó inmediatamente que se limpiara la ciudad: los sobrevivientes tuvieron que despejar los cadáveres y los escombros, restablecer el abastecimiento de agua, asegurar los arreglos de calzadas y puentes.

Pero la desaparición del tesoro de Moctezuma era lo que más preocupaba a los conquistadores, obsesionados con las imágenes de oro y plata con las que habían soñado a todo lo largo de los combates. Muchos se sumergían en el lago para recuperar algunas piezas desprovistas de valor. Los tormentos infligidos a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba no revelaron ningún secreto. Sólo descubrieron, en el palacio del soberano caído, disimulados en el fondo de una pila, un sol de oro y algunas baratijas.

La construcción de la ciudad española costó miles de vidas humanas. Las avenidas horningueaban de indios que escoltaban suministros y materiales para la edificación de las casas. Las columnas que se cruzaban provocaban interminables embotellamientos. Demolidos precipitadamente, los edificios prehispánicos se desmoronaban sobre los indígenas, cuyos cuerpos mutilados desaparecían enterrados bajo los escombros. El esfuerzo exigido a los indios era sobrehumano. Los hombres debían transportar todo sobre sus espaldas. Los equipos se relevaban día y noche y los himnos lúgubres que cantaban resonaban de un extremo al otro de la ciudad.

El paisaje urbano es, entonces, verdaderamente impresionante. Es una amalgama de ruinas y de obras en construcción donde los palacios indios se yuxtaponen

Las residencias fortificadas de los vencedores, que empezaban a parecer fortines medievales. La residencia de Cortés se compone de un entrelazado de patios tan numeroso que Díaz del Castillo lo compara al laberinto de Creta: "En las esquinas de la residencia se levantaban cuatro torres mortíferas. Todo el edificio era de adobe con terrazas y la carpintería era de cedro".⁴ Lo nuevo linda con lo antiguo. No se sabe por qué ninguno de los conquistadores indígenas logró ejecutar las ordenes de los conquistadores, a quienes apenas comprenden, ni construir edificios europeos, de los que nunca habían visto ningún ejemplo.

En la ciudad conquistada por los españoles, el Templo Mayor sigue elevando su inquietante masa sobre las casas indicando, como hasta hace poco, el centro de la ciudad, del valle y del universo. El franciscano Motolinía confiesa no recordar el número de escalones que conducen hasta arriba del santuario, pero una imagen reconfortante se quedó grabada en su memoria: "La capilla de San Francisco que es de bóveda, y razonable de alta, subiendo encima y mirando a México, haciale en alto mucha ventaja al templo del demonio, y era muy de ver desde allí a México y a todos los pueblos de la redonda".

Hasta 1525, los cultos indígenas continuaban celebrándose. Los españoles están demasiado ocupados en reconstruir la ciudad para preocuparse por eso: "De esta manera se estaba la idolatría en paz".⁵ Cabe pensar en esas ceremonias indias despojadas del sacrifi-

⁴ Bernard y Gruzinski (1991), I, p. 334, y Díaz del Castillo (1968), I, II, pp. 181, 276, 253-254 y 190.

⁵ Motolinía (1971), pp. 83, 84.

cio humano, oficiadas a la ligera por falta de medios, ofrendas y alimentos suficientes. Es posible imaginar los santuarios en ruina, los altares improvisados, las estatuas extruadas con apresuramiento de sus escondites, en los que rápidamente se les disimula de nuevo. Y tal vez a algunos españoles que iban, por curiosidad, a burlarse de las "supersticiones e idolatrías" de los vencidos. El recinto sagrado de México-Tenochtitlan estará en lo sucesivo ocupado por los españoles, quienes se apresuran a construir ahí mismo palacios y capillas.

A partir de 1525—cuatro años después de la caída de Tenochtitlan— los frailes prohíben todas las ceremonias públicas, lo cual no impide que los cultos paganos se perpetúen en la clandestinidad, aun con las mayores dificultades. Los sacerdotes indios se refugian en el campo y en las sierras escarpadas, donde escogen lugares fuera del alcance del clero español y de sus espías indígenas.

La guerra no fue la única manifestación de la muerte para los indios de Tenochtitlan. Los españoles eran portadores de gérmenes que, desde su primera estancia, contaminaron a la población sin perdonar a nadie. El soberano Cuitláhuac murió de viruela bastante antes de que la ciudad cayera. El cuerpo de las víctimas del *huayzahuatl* (la gran lepra) aparecía cubierto de una especie de lepra y de sarra. Propagadas como un reguero de pólvora, las enfermedades de los conquistadores minaron la energía y consiguieron la victoria española de manera más eficaz que los cañones y los arcabuces. La muerte europea se establecía en la ciudad. Castigaría nuevamente a la ciudad de México en

1531, regresaría en 1532 y en 1538 antes de la española peste *cocoliztli* de los años 1545-1548.⁶

SALDO DE CUENTAS EN TENOCHTITLAN

Durante los años 1520 no existe aún una sociedad colonial propiamente dicha. La ciudad vencida atraviesa por una era intermedia entre la época prehispánica y el arraigo definitivo de la dominación occidental, una transición hecha de improvisaciones, titubeos, de asuntos que resolver día con día. Raros son los españoles que, como Cortés, cultivan grandes proyectos para la ciudad. Es el tiempo de las "disputas y facciones" entre los invasores. Los españoles se desgarran entre ellos. La ciudad está sumergida en una atmósfera de *western* anticipado, que hace de ella una presa fácil de devorar para los indios que la rodean. Lo cual, de hecho, pensaron varias veces.

El reparto del botín sembró inmediatamente la cizaña en las filas de conquistadores. Se acusó a Cortés de estar concertado con Cuauhtémoc para esconder el tesoro de Moctezuma y saquear todos los objetos de valor para su gente. Mientras se terminaba la construcción de su palacio en la ciudad de México, el conquistador se estableció al sur de la ciudad, en el pueblo de Coyoaacán, donde ocupaba una residencia cuyos muros había mandado blanquear con cal. Todas las mañanas, sobre los muros resplandecientes de blancura, aparecían *graffiti* en prosa y en verso llenos de alusiones

⁶ Gibson (1964), p. 468.

al oro de Cortés y a su voraz ambición: "No somos los conquistadores de Nueva España sino los conquistados de Hernán Cortés, ¡Oh, qué triste está el ánima mea hasta que todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido lo vea!" Es probable que éstos fueran los primeros *graffiti* políticos en la historia de la ciudad.

Las facciones dividían el bando español. En varias ocasiones estuvieron a punto de precipitar a la ciudad en una guerra civil. El "clan de Medellín", integrado por españoles originarios, como Hernán Cortés, de esa ciudad de Extremadura, abusó de la generosidad del conquistador. Resentidos, los rivales de Cortés buscaron eliminar por todos los medios posibles al molesto vencedor. Asesinatos, envenenamientos con arsénico, muertes dudosas atribuidas a la sífilis, desapariciones misteriosas, denuncias, chismes de todos tipos mantenían una tensión insostenible. El emperador Carlos V estaba demasiado lejos para hacer sentir su autoridad e intervenir con eficacia.⁷ En la nueva ciudad, los representantes de la corona brillaban por su corrupción y su descaro: "No residían en sus oficios ni se sentaban en los estrados todos los días que eran obligados y se andaban en banquetes y tratando en amores y en mandar echar suertes".⁸

El desorden administrativo se sumaba a las vacilaciones y debilidades del poder local. ¿Cómo montar de principio a fin una administración en esa ciudad que, a pesar de las pérdidas experimentadas por los indios,

⁷ En esa época, los asuntos de la ciudad de México se trataban en Bruselas, en el mejor de los casos en Sevilla o en Barcelona, con retrasos considerables.

⁸ Díaz del Castillo (1968), II, pp. 275, 273, 292.

seguir teniendo una aglomeración considerable? ¿Qué poder debía ejercer la municipalidad española de la ciudad de México sobre el resto del territorio? ¿Había que hacerse independientes ofreciendo la corona a Cortés o llamar a la ciudad de México a algún príncipe de la familia real e imperial, como lo sugerían ciertos indios? Haciendo de la ciudad de México la "cabeza de Nueva España", Cortés tomaba una decisión crucial. Prometida a corto plazo, ésta era sólo una iniciativa más que desenlace dependía de la posición y del destino del conquistador.

Los españoles de la ciudad México disponían de una autonomía de facto. Los conquistadores y los nobles acostumbraban reunirse en un edificio donde hicieron su modesta catedral y la primera sala de reunión política de la ciudad. La asamblea votaba sobre cuestiones de importancia, pero la mayor parte del tiempo las reuniones degeneraban, indiferentes a la seriedad del lugar. Al desorden de las intervenciones se agregaban el escándalo y las vociferaciones de los intrusos. Esta efervescencia recordaba a los contemporáneos las revueltas urbanas que habían quebrantado el trono de Castilla a principios de los años 1520.

A todo lo largo de esta década y durante al menos una parte de los años 1530, el miedo a una rebelión india atormentó a los conquistadores al punto que muchos prefirieron buscar fortuna bajo otros cielos. Los rumores corrían a buen paso. La devoción que los caciques de la ciudad de México tenían por Cortés era alarmante: ¿estarían los indios dispuestos a tomar las armas bajo las órdenes del conquistador y a exterminar a sus adversarios? ¿Volverían a practicar el sacrificio

humano y el canibalismo? Inquieta por su futuro, la ciudad española seguía pareciendo un campo atrinchado, siempre en alerta. Los monjes franciscanos utilizaron su autoridad para calmar el juego, pero sus lazos privilegiados con el partido de Cortés desencadenaron la animosidad de sus rivales. Por su parte, conquistadores y altos funcionarios esparcían el rumor de que los frailes tramaban una rebelión con apoyo de los indios. El colmo de la confusión fue cuando el obispo franciscano Juan de Zumátraga puso en entredicho a la ciudad, privándola de servicios religiosos (1529).

EL REINO DEL DINERO

Los indios no se rebelaron nunca. Cortés regresó a España. Carlos V impuso su ley y su administración. Los frailes triunfaron. Pero la ciudad de México no era una ciudad cultivada ni estudiosa. La importación del Renacimiento, los libros y los estudios no concenaban más que a una franja ínfima de la población de la ciudad, el círculo de frailes, clérigos y sus discípulos indígenas. El establecimiento de la imprenta y la universidad no influyó en absoluto en la vida de la mayoría de los primeros europeos instalados en México. Como todos los intelectuales, hartos de no tener ni un quinto, Francisco Cervantes de Salazar denunció el poder del dinero: "En tierra donde la codicia impera, ¿queda acaso algún lugar para la sabiduría?"⁹ Cincuenta años más tarde, el alemán Heinrich Martin se quejaría en los mismos términos.

⁹ Cervantes de Salazar (1982), p. 19.

En la ciudad de México, a principios de los años 1540, el consumo es rey: "Más se gasta en la ciudad de México que en dos ni tres ciudades de España de su tamaño, y más se gastan las casas están muy llenas de gente y también que gastan largo".¹⁰ Estos europeos no parecen más que en hacer fortuna y en llevar un ritmo de vida europeo. Pocos —y ya es mucho decir— lo hacen, pero todos sueñan con ello, listos para retomarlo camino hacia horizontes fabulosos. En las primeras décadas, los rumores, los proyectos y los preparativos de las expediciones ponen a la ciudad en ebullición. En las islas del Pacífico, la ruta hacia China o Japón, la frontera norte de México —de entonces datan los primeros espejismos suscitados por California y el sur de lo que después sería Estados Unidos— excitan suficientemente la imaginación para seducir a los grandes inversionistas: Cortés, el virrey, la familia Alvarado. Desde el siglo xv, ricos o desprovistos de dinero, los españoles de la ciudad de México aprenden a poner los ojos en el norte.

¿Quiénes son estos españoles? Soldados retirados, burocratas sedientos de ganancias, comerciantes ávidos de provecho. De ahí el lujo escandaloso de las residencias, donde se amontonan tapices preciosos, brocados, cofres de marquetetería, vajillas de oro y plata. La decoración de los aposentos de Cortés es aún más sorprendente puesto que es totalmente importada de Europa:

otro paño tapiz de figuras, demediado e sin seda e con tres figuras de elephantes [...] otro paño tapiz de figuras e

¹⁰ Moradimía (1971), p. 200.

arboleada, demediado e sin seda [...] otro paño tapiz de figuras y unos órganos figurados en él [...] otro [...] con un grifo e un león e cierras aves [...] otro [...] con una figura de hombre desnudo e una capa azul echada por el hombro derecho, e al pie dél, tres figuras de los tres vientos [...] otro [...] con un rey figurado en lo alto del paño [...] y el Dios Cupido a sus pies [...] una alhombra mas que demediada, con diez ruedas en ella, de colorado e verde, con el aceneña de azul e verde e naranjado, que tuvo de largo cuatro varas, e de ancho dos varas [...] otra alhombra azul, nueva, con el aceneña de amarillo como encarnado [...] otra alhombra verde con diez ruedas en ella, nueva, con el aceneña de lo mismo".¹¹

Elefantes, grifos y cupidos debían sorprender a los domésticos indios, quienes manipulaban esos inmensos tapices preguntándose cómo sería una tierra que podía alojar criaturas tan extraordinarias.

Fuera de esos objetos de lujo importados a precio de oro, las grandes residencias alojan a poblaciones mixtas. Es posible encontrar harenes mal disimulados: sirvientas indias, esclavas negras, camareras, concubinas de un día, amantes mimadas o desatendidas. Estas mujeres rodean a la que, bajo la presión de la Iglesia, había que resignarse a traer de Europa o a desposar: la dama española, dueña del lugar con tal de que quiera adaptarse a esa sorprendente babel doméstica. Porque, ¿cómo resistirse a ese despliegue de riqueza? Los vestidos de fiesta están a la altura del lujo de los interiores: las damas portan "carnesí, y sedas y damascos y oro y plata y pedería".¹²

¹¹ Cortés (1963), pp. 231-234.

¹² Díaz del Castillo (1968), II, p. 313.

Como el oro y la plata faltan menos que las distracciones, el juego recluta cantidad de adeptos. La ciudad del Renacimiento es también un enorme garito. Corrés pago tales sumas que fue sancionado por las autoridades, que lo condenaron a pagar una multa considerable. El primer virrey, Antonio de Mendoza, se inquietaba por tales excesos: "Una de las principales cosas que en esta tierra destruye a las gentes, especialmente a mercaderes, es el juego por ser muy desordenado". El virrey incluso trató de prohibir todos los juegos de cartas.¹³

Nada cambió. Públicas o clandestinas, las casas y las salas de juego prosperaban. Se les llaman garitos o tabulerías. Pero también se jugaba a puerta cerrada, en las casas comerciales y las tiendas. Ahí se encontraban comerciantes, aventureros y jugadores empoderados como ese Gaspar de Tapia apodado, y con razón, *el Jugador*. Los clientes brindaban ruidosamente para festejar sus triunfos y derrotas comentando las últimas noticias de la ciudad, del país, de Perú y de España. Las autoridades trataron de poner un alto prohibiendo los dados, el *sacante* —que se jugaba con ocho mazos de cartas—, el *torrillo*, la *dobladilla* —se doblaba la apuesta en cada turno— y limitando las apuestas a un máximo de seis pesos de oro común. Estaban autorizados o tolerados el *tres dos y as*, el *trunfo*, las *maillas* y el *ganajende*.¹⁴ La pasión del juego era tan común que, para ridiculizar a uno de los jueces más conocidos del virreinato, algún bromista ocultó un juego de cartas en

¹³ Paso y Troncoso (1939), III, p. 258.

¹⁴ Luis Weckman, *La herencia medieval de México*, t. I, México, El Colegio de México, 1984, p. 173.

una de las mangas de su vestido de jurista. Cuando el juez atravesaba la plaza mayor, las cartas cayeron al suelo una tras otra, dibujando una estela infamante de la que dicho personaje no logró nunca reponerse. Algunos días después una fiebre se lo llevó.¹⁵

LA "REPÚBLICA DE INDIOS"

Al día siguiente de la derrota, los nobles de Tenochtitlan solicitaron a Cortés que los soldados españoles les regresaran a sus esposas capturadas durante los combates o después de la rendición. El conquistador les permitió buscar a sus mujeres en los campamentos de los vencedores, pero la mayoría de esas indias se negaron a regresar con sus familias o con sus maridos. Algunas llegaron incluso a esconderse, otras no querían adorar más a los ídolos. Muchas ya estaban embarazadas. Los nobles mexicas no recuperaron más que a tres. Voluntariamente o no, con el choque de las armas y de la derrota, españoles e indias se mezclaron.

En la ciudad de México, como en el resto del Nuevo Mundo, la Iglesia y la corona española resolvieron separar a las dos poblaciones, distinguiendo la "república de indios" de la "república de españoles". Esta decisión respondió a razones militares y religiosas. Los conquistadores querían protegerse de una rebelión indígena y los misioneros querían proteger a los indios de los conquistadores. Concretamente, la separación se tradujo en una división de la ciudad: el centro, reservado para los europeos, y los barrios periféricos, asignados a la

¹⁵ Díaz del Castillo (1968), II, p. 301.

población indígena. La zona india tenía dos sectores o parcialidades: San Juan Tenochtitlan, al sur de la ciudad española, y Santiago Tlatelolco, al norte. La administración española respetaba la bipolaridad prehispánica al conceder cierta autonomía administrativa a los nobles indígenas. Esta política favoreció algunas comunidades institucionales de la época prehispánica. Así, San Juan conservó sus cuatro barrios: San Juan, San Pablo, San Sebastián y Santa María la Redonda. Es por eso también que en pleno siglo XVII se percibe el eco de viejas rivalidades entre Tlatelolco y Tenochtitlan. Estas afloran hasta en prácticas tan banales como la venta de ropa usada en los mercados de la ciudad: cada comunidad acusa a la otra de engañar a sus clientes.¹⁶

También debido a esa autonomía, la ciudad india continúa siendo, para nosotros y para los españoles, un universo opaco. Cincuenta años después de la conquista, un barrio indio como el de San Pablo conserva las sus subdivisiones tradicionales, es decir, su disposición en doce *tlaxilacales* (o barrios): tantos referentes culturales y tantos lugares de sociabilidad mantenidos a cuesta lo que cueste.

No sólo los autóctonos resuelven sus asuntos cotidianos entre ellos y a su modo, con su policía y sus jueces, bajo la dirección de caciques y notables que conservaron sus posiciones, sino que también los frailes franciscanos que están a cargo de sus almas hacen todo para aislarlos del resto de los europeos, cuando no del resto de la Iglesia. Son estos frailes quienes los educan,

¹⁶ Silvio Zavala, *Asientos de la gobernación de la Nueva España*, México, AON, 1982, p. 208.

quienes se ocupan del abastecimiento de las comunidades en tiempos de hambre; son ellos también quienes los curan en tiempos de epidemia. A la pantalla de las instituciones indígenas se agrega, entonces, el muro de sayal y de oraciones tendido por los franciscanos. La ciudad india no es ingrata, sabe movilizarse por sus frailes. En varias ocasiones estallaron pleitos entre los fieles indígenas y los curas enviados por el obispo para apropiarse de las parroquias franciscanas. El asunto se arreglaba a golpes, con piedras y palos.¹⁷ Los indios no estaban dispuestos a cambiar el patrocinio de los poderosos monasterios por la tutela de un sacerdote secular, percibido como un ser ambicioso e ignorante de las costumbres indígenas. Los frailes apreciaban este apoyo y lograron conservar su grey hasta mediados del siglo xvii.

¿Cómo traspasar el velo que recubre a la ciudad india? Algunos testamentos redactados a petición de los indios más o menos adinerados ofrecen un puñado de información con la que hay que contentarse. Así, alguna información sobre la vivienda: las casas indias conservaban su forma tradicional: casas de una sola planta, algunas veces aderezadas con un piso más que daba a un patio cerrado, alojaban a una familia; a veces varias familias compartían una serie de edificios, discontinuos, dispuestos alrededor de un patio colectivo. Eventualmente, las chinampas ocupaban el resto del terreno, como un huerto. Una habitación colectiva—el *santocalli*—donde se acumulaban las imágenes de los nuevos dioses cristianos proveía las necesidades del

¹⁷ *Descripción del arzobispado de México hecha en 1570*, Guadalajara, E. Añña Levy, 1976, pp. 278, 272.

culto. Finalmente, otra sala, tal vez común al conjunto de casas, estaba reservada a las mujeres: en el *chuaalli*, las indias se atareaban moliendo el maíz, preparando la comida y lavando la ropa.

Así, la casa india no resultaba desconcertante para el español recién llegado, acostumbrado a vivir en casas cuyas piezas daban a un patio interior, aunque, en general, éstas se comunicaban y se integraban en un espacio arquitectónico continuo.¹⁸ Es comprensible que los barrios indígenas arajeran a europeos en busca de hospedaje barato.

Si la vivienda india evolucionaba poco, manifiesta algunas innovaciones: las puertas con cerradura, las ventanillas hacen su aparición al mismo tiempo que algunos objetos europeos, como los cofres de madera adornados de herrajes y cerrados con llave. En cambio, el mortero—piedra para moler el maíz—se dispone a enfrentar los siglos.

Esta mezcla de tradiciones e innovaciones es perceptible en el seno mismo de la comunidad indígena, cuya homogeneidad se cuartea a veces de manera espectacular. Desde los años 1550 estallan conflictos entre las autoridades tradicionales, mantenidas en sus puestos por la corona española, y los “nuevos artesanos” indígenas, iniciados en las técnicas europeas: carpinteros, sastres, zapateros, fabricantes de candelas. Las autoridades indias pensaban continuar, como en el pasado, imponiendo su gusto sobre la población que administraban. Treinta años después de la conquista española, el gobernador don Diego continuaba aprove-

¹⁸ Lockhart (1992), pp. 64, 65.

chando los servicios que le ofrecían, en hombres y en especie, una decena de barrios de la ciudad. Pero los artesanos se rebelaron: juzgaron que esas tradiciones les impedían ejercer sus oficios a su gusto y resolvieron protestar contra las exacciones del gobernador indio y de quienes lo rodeaban: "Ha habido y hay gran desorden". Incluso se atrevieron a llevar sus diferencias fuera de la comunidad, delante de los tribunales españoles, al exigir el pago de sus salarios y la definición estricta de sus obligaciones. Esto fue una afrenta para don Diego. Los artesanos ganaron el pleito así como la libertad de ejercer su oficio al abrigo de los enredos de los notables de la ciudad india.

El repliegue de las autoridades indias sólo estaba empezando. El gobernador fue despojado del control, altamente lucrativo, de las obras públicas en los barrios de Santa María, San Juan, San Pablo y San Sebastián; se le prohibió deducir impuestos de los mercados de San Hipólito y de México, y se le impidió el uso de medidas españolas. La costumbre se sacrificaba en el altar de la libertad de mercado y de oficios. Las antiguas autoridades se resistieron todo lo que pudieron: en 1576 los artesanos de Tlatelolco volvieron a denunciar las exacciones de su gobernador¹⁹ y de nuevo ganaron el pleito. Es por demás señalar que tal queja hubiera sido inconcebible antes de la conquista española. Los barrios indios de la ciudad de México eran presas de profundas mutaciones sociales.

La protección española no era desinteresada: los eu-

¹⁹ Zavala (1982), pp. 233, 393; Silvio Zavala et al., *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España*, t. 1, México, CENHSO, 1980, página 94.

ropos pretendían apropiarse de los servicios y las ventajas de las que despojaban a los notables indígenas. Los jueces del tribunal de la Audiencia, así como los monasterios, estaban ávidos de mano de obra barata y de servicios de todo tipo, aun cuando la población india no dejaba de consumirse bajo el impacto de las epidemias.

LA IMBRICACIÓN DE LAS COMUNIDADES

En realidad, la separación de las comunidades fue, en parte, letra muerta. Desde los primeros años, la división en dos "repúblicas" se reveló impracticable. La mayoría de los españoles vivían rodeados de criados, esclavos, cocineros de origen indígena que vivían bajo su techo y cuyos patrones no tenían ningún interés en perder.

En sí mismo, el paisaje urbano recordaba la omnipresencia indígena. Situado en la calle de la Moneda, el obispado ocupaba un sitio sagrado prehispánico: lo que servía de entrada era parte de los vestigios del patio del templo de Tezcatlipoca. Un tramo de escaleras conducía a los aposentos del prelado. Las escaleras descansaban sobre la base de la pirámide, que era la planta baja del nuevo edificio. Este nivel se encontraba a la altura del primer piso de las casas que la rodeaban. En 1539, una torre de tres pisos coronaba la residencia, ofreciendo una amplia vista sobre la ciudad y sus alrededores. El interior de la morada tenía un salón de recepciones, algunos cuartos, una capilla adornada con pinturas de factura indígena. Como en cualquier otra casa, la residencia del prelado empleaba a indios e

indias. Estos sirvientes trabajaban activamente en el patio, alrededor del cual estaban agrupadas la cocina, la lavandería para las sirvientas y esclavas —las mujeres tenían prohibido el piso superior—²⁰ y una pequeña caballeriza. También algunos negros y españoles y un cocinero asiático vivían permanentemente en la casa del obispo.

Tanto los frailes como los conquistadores no hubieran podido subsistir sin la ayuda cotidiana de la gran masa de indios. El monasterio de San Agustín empleaba cada semana los servicios de un zapatero indígena que se encargaba de reparar y coser los zapatos de los frailes. Músicos indios acompañaban las corridas con sus trompetas, sus sacabuches y chirimías. Otros indios fabricaban los juegos de cartas que enloquecían a los españoles.²¹ Los artesanos europeos no podían arreglárselas sin aprendices ni ayudantes indios. El transporte, la limpieza de las calles, la venta ambulante movilizaban a cantidad de indígenas, presentes en cada esquina.

Como esta población india en realidad vive en el centro español, los límites oficiales entre la ciudad española —el centro delimitado por la traza— y los barrios indios no representaban más que una frontera teórica, constantemente ignorada en los hechos. Además, desde la segunda mitad del siglo xvi empezaron a aparecer diferencias entre los barrios europeos. Alrededor de las calles del centro, que exhalan bienestar e inspiran los elogios de un Cervantes de Salazar, se

desarrollan periferias más empobrecidas y más mezcladas étnicamente: es el caso de la parroquia de la Vera Cruz, donde hay algunos negociantes que viven del comercio de cacao y muchos "pobres". Un colegio destinado a los niños sin recursos y un hospital reservado a los indios indigentes dan el tono social.

La ciudad india no es tampoco hermética. A finales del siglo xvi, cantidad de españoles se han establecido en los barrios indígenas de México y de Tlatelolco. Sus razones son múltiples. A los encantos de los bajos precios —todo es más barato en los barrios indios, particularmente la vivienda— se agregan las ventajas del espacio: desde 1551, Diego de Vargas obtiene la autorización de instalarse en el barrio indio de Santa Catarina para ejercer el oficio de alfarero —produce cerámica barnizada de Talavera— bajo el pretexto de que necesita vastos terrenos para construir sus hornos. En los años 1580, las autoridades indias de Santiago Tlatelolco luchan para impedir la apertura, en su territorio, de tabernas atendidas por españoles, mestizos o mulatos. Frente a esta intrusión, los indígenas tienen que mudarse, por las buenas o por las malas, "despoblando" las zonas que se les habían asignado.²²

El antagonismo entre indios y europeos desencadenó una competencia desenfrenada en el mercado de trabajo. Desde los primeros años, muchos indios se ponían a espiar a los artesanos españoles —con la ayuda de los frailes si era necesario— para copiar las técnicas y los trucos de los nuevos oficios, ya se tratara del trabajo del cuero, de la lana o del hierro. Algunos sastres,

²⁰ Portas Muñoz (1988), pp. 63, 71.

²¹ Zavala (1980), II, p. 182; Zavala (1982), p. 378; Zavala (1980) III, pp. 468-469.

²² Zavala (1982), p. 234; Zavala (1980), III, p. 410; *act. México*, 23.

como el indio Pedro de Santiago de Tlatelolco, eran perfectamente capaces de cortar trajes, sayales o jubones de mantas de la tierra. Los indígenas producían más rápido, mejor y a menor precio.

La respuesta de los españoles no se hizo esperar. Los zapateros indios que confeccionaban "xaquimas, cabrestos, sueltas" tuvieron muchos problemas con los españoles, quienes se apropiaban de sus bridas o se las arrancaban a un precio ridículo antes de revenderlas tres veces más caras en sus tiendas. Un grupo de sastres y de calceteros indígenas había abierto varios puestos cerca de la cárcel de la ciudad de México. "Allí le llevantan sayo y calzas y otras ropas que cosen" enfrentándose, como los otros, a las artimañas de los españoles. Pero ellos también terminaron por ganar el pleito ante el virrey, quien se preocupaba por imponer la libertad de trabajo.

MESTIZOS Y MESTIZAJE

La interpenetración de las dos sociedades no se limitó a cuestiones de invasión de territorio o de competencia profesional. Las violaciones, el concubinato, las relaciones efímeras o duraderas entre españoles e indias engendraron seres que no eran ni indios ni europeos: los mestizos. Hacia 1560 se habrían contado dos mil, a los que habría que agregar un millar de mulatos.²³

¿A qué bando debían o podían adherirse estos mestizos? ¿Cuál sería el precio de su integración? ¿Qué lugar asignarles en una sociedad fundada en la yuxta-

posición de dos "repúblicas", de dos comunidades, cuyo principio parecía excluir a quienes, debido a su nacimiento, se hallaban entre dos mundos?

Desde los años de 1540, cuando los primeros hijos de uniones mixtas alcanzaron la edad adulta, estas preguntas se plantearon con particular agudeza. En pequeñas cantidades, los mestizos podían integrarse al grupo español o al indígena. Su crecimiento interrumpido volvió esta inserción tan problemática que las autoridades debieron imaginar algunas soluciones. En 1547, la proliferación de huérfanos abandonados —"andaban perdidos por los campos comiendo carne cruda"—²⁴ motivó la creación de un establecimiento destinado a su educación: el colegio de San Juan de Letrán. Éste fue iniciativa de la corona y de la municipalidad española. La estructura del establecimiento era la imagen misma de la mezcolanza: administradores españoles, un profesor indígena de latín, alumnos mestizos y "blancos pobres". Sin embargo, no todos los habitantes apreciaban esta creación. Es un hecho revelador que la parcialidad de San Juan se haya opuesto ferozmente al traslado del establecimiento a su territorio, argumentando que tendrían que sufrir la "mala vecindad de los muchachos".²⁵

Pero el paisaje humano se complicó aún más con la introducción de otro grupo, esta vez de origen africano. Negros y mulatos estaban, desde hacía mucho tiempo, presentes en las ciudades de la Península. Des-

²³ Lino Gómez Canedo, *La educación de los marginados durante la época colonial. Escuelas y colegios para indios y mestizos en la Nueva España*, México, Porrúa, 1982, p. 231.

²⁵ *Ibid.*, p. 237.

²⁹ Gibson (1964), p. 380.

como el indio Pedro de Santiago de Tlatelolco, eran perfectamente capaces de cortar trajes, sayales o jubones de mantas de la tierra. Los indígenas producían más rápido, mejor y a menor precio.

La respuesta de los españoles no se hizo esperar. Los zapateros indios que confeccionaban "xaquimas, cabrestos, sueltas" tuvieron muchos problemas con los españoles, quienes se apropiaban de sus bridas o se las arrancaban a un precio ridículo antes de revenderlas tres veces más caras en sus tiendas. Un grupo de sastres y de calceteros indígenas había abierto varios puestos cerca de la cárcel de la ciudad de México. "Allí le llevaban sayo y calzas y otras ropas que cosen" enfrentándose, como los otros, a las arimañas de los españoles. Pero ellos también terminaron por ganar el pleito ante el virrey, quien se preocupaba por imponer la libertad de trabajo.

MESTIZOS Y MESTIZAJE

La interpenetración de las dos sociedades no se limitó a cuestiones de invasión de territorio o de competencia profesional. Las violaciones, el concubinato, las relaciones efímeras o duraderas entre españoles e indias engendraron seres que no eran ni indios ni europeos: los mestizos. Hacia 1560 se habrían contado dos mil, a los que habría que agregar un millar de mulatos.²³

¿A qué bando debían o podían adherirse estos mestizos? ¿Cuál sería el precio de su integración? ¿Qué lugar asignarles en una sociedad fundada en la yuxta-

posición de dos "repúblicas", de dos comunidades, cuyo principio parecía excluir a quienes, debido a su nacimiento, se hallaban entre dos mundos?

Desde los años de 1540, cuando los primeros hijos nacidos de uniones mixtas alcanzaron la edad adulta, estas preguntas se plantearon con particular agudeza. En pequeñas cantidades, los mestizos podían integrarse al grupo español o al indígena. Su crecimiento ininterrumpido volvió esta inserción tan problemática que las autoridades debieron imaginar algunas soluciones. En 1547, la proliferación de huérfanos abandonados —"andaban perdidos por los campos comiendo carne cruda"—²⁴ motivó la creación de un establecimiento destinado a su educación: el colegio de San Juan de Letrán. Éste fue iniciativa de la corona y de la municipalidad española. La estructura del establecimiento era la imagen misma de la mezcolanza: administradores españoles, un profesor indígena de latín, alumnos mestizos y "blancos pobres". Sin embargo, no todos los habitantes apreciaban esta creación. Es un hecho revelador que la parcialidad de San Juan se haya opuesto ferozmente al traslado del establecimiento a su territorio, argumentando que tendrían que sufrir la "mala vecindad de los muchachos".²⁵

Pero el paisaje humano se complicó aún más con la introducción de otro grupo, esta vez de origen africano. Negros y mulatos estaban, desde hacía mucho tiempo, presentes en las ciudades de la Península. Des-

²⁴ Lino Gómez Canedo, *La educación de los marginados durante la época colonial. Escuelas y colegios para indios y mestizos en la Nueva España*, México, Porrúa, 1982, p. 231.

²⁵ *Ibid.*, p. 237.

de la Edad Media, los españoles se habían acostumbrado a rodearse de esclavos negros y a confiarles todo tipo de trabajos. Esta práctica pasó al Caribe antes de tocar el continente. A mediados del siglo xvi, setecientos esclavos eran conducidos cada año a la Nueva España para ser vendidos al mejor postor. Uno de ellos habría afirmado que "esta tierra [México] es la mejor del mundo para negros".²⁶ Era seguramente uno de los que escapaban del trabajo de las minas y el infierno de los ingenios de azúcar para reunirse con sus congéneres en la ciudad de México.

La prohibición de la esclavitud indígena, el crecimiento de las minas de plata y la caída de la población india contribuyeron a intensificar la afluencia de mano de obra esclava hasta el siglo xvii. En las calles de la ciudad de México se cruzaban sin cesar cada vez más negros originarios de España, las Antillas o África. No todos eran esclavos puesto que los registros castellanos dan cuenta de una emigración de negros libres, instalados en Sevilla y tentados por América. A su vez, los negros se mezclaron. Las mujeres esclavas que se unían a individuos libres —indios, mestizos, españoles— esperaban sustraer a su progenitura de la esclavitud. Una gran cantidad de mulatos y después de *zambaigos* —mezcla de negro e indio— se sumaron a los jóvenes mestizos para formar una población urbana híbrida y heterogénea, tan inédita en México-Tenochtitlan como los conquistadores españoles y sus esposas.

¿Cuál era la correlación de fuerzas entre los diferen-

²⁶ Morolínía (1971), pp. 370-371.

tes componentes de la población urbana? Las estadísticas cometen crueles faltas, sobre todo con los mestizos que se confundían, según el caso y la condición del individuo, con los indios o con los españoles. En los años 1560, los españoles de la ciudad de México eran aproximadamente unos diez mil y los indios tal vez cien mil. En la misma época, la ciudad ya alojaba a medio millar de negros y mulatos emancipados, sin contar a un número bastante mayor de esclavos.²⁷

A fines de siglo, la corona quiso prohibir que los negros emancipados vivieran a su manera, en su propia casa, separados de los españoles. Sin resultados. Al mismo tiempo, se preocuparon por construir un hospital para negros, mulatos y mestizos libres.²⁸ Cada vez era más necesario oponer muestras institucionales a la doble metamorfosis de la población urbana: la multiplicación de los grupos étnicos y la progresión del mestizaje.

Sin dejar de ser india, la ciudad se volvía española, negra, mestiza, mulata... Era tan fácil perderse que las autoridades españolas conminaron a negras y mulatas que no se vistieran como indias... salvo si estaban casadas con indígenas. Pero, ¿cómo reconocerse dentro de este caos? La ley enturbiaba aquello que se esforzaba por distinguir.

²⁷ Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias* (1574), Madrid, Ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, t. cccxv-xviii, p. 98; Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población indígena de México*, México, El Colegio de México, pp. 210, 498.

²⁸ Zavala (1980), III, p. 437.

Cualesquiera que hayan sido el impacto y el aspecto innovador, las experiencias urbanísticas y educativas del siglo xvi no podrían hacernos perder de vista transformaciones igualmente profundas aunque menos espectaculares. La ciudad renacentista constituyó un laboratorio urbano donde nuevos modos de vida se precisaron, impuestos por la coexistencia de poblaciones diversas y antagonicas. La cocina y el mercado permitieron convivir de ello.

Todas las cocinas españolas emplean sirvientas indias, quienes se instalan ahí con sus ingredientes, sus recetas, sus formas de preparar la comida y su sazón. Mientras los europeos se acostumbra a comer maíz y salsas con chile, las indígenas aprenden a utilizar las diversas grasas animales —en vez del aceite de chía—, a cortar la carne de res, de puercos y de borrego —desconocida hasta entonces en América— y a servirla como a los españoles les gusta. La fabricación de quesos a partir de los productos lácteos es un descubrimiento para aquellas indias que nunca han visto vacas, borregos o cabras. Las primeras naranjas, peras, manzanas y verduras de origen europeo son tan desconcertantes para los indígenas como los tomates para los europeos. Bajo la dirección de panaderos españoles, los mozos indios amasan la harina y cuecen el pan de los españoles. En todos sentidos, la introducción del pan —base de las civilizaciones mediterráneas— fue tan crucial como la difusión del libro impreso.³⁰

²⁹ Cervantes de Salazar (1985), p. 313.

³⁰ Véase Alberro (1992).

Las cocinas indias tienen que satisfacer los gustos europeos. En casa del virrey o de Cortés, entre dos banquetes panagruéticos, cada día se sirven comidas de treinta a cuarenta cubiertos, compuestos de una docena de platos. Pero también se sabe preparar colaciones más ligeras o postres exquisitos como aquellos mazapanes, alcorzas de acitrón, almendras y confites, otras (colaciones) de mazapanes con las armas del marqués, y otras con las armas del virrey, y todas doradas y plateadas y entre algunas iban con mucho oro, sin otra manera de conservar. Es posible degustar una selección de frutas locales bañadas en vinos de España o en aguaníel hecha de algarrubos fermentados, si no se acompañan de cacao espumoso.³¹ Durante esos primeros años de dominación española, la gastronomía mexicana, tan rica en alianzas inesperadas, nace sobre las mesas de la ciudad de México.

Desde los años de 1540 el amante de la cocina asiática —pero aquí las damas no son admitidas— tendrá que dirigirse a la mesa del arzobispo don Juan de Zumárraga, cuyo cocinero, Juan Núñez, es originario de "Calicú o de la China". Si a ello sumamos que el prelado era vasco, no es posible imaginar las sorprendentes combinaciones que salían de las cocinas del arzobispado.³² Es suficiente, en todo caso, para marcar el origen de una tradición gastronómica estimulada por la conquista de las islas Filipinas y el establecimiento de una relación directa con Asia. Ésta se prolonga hasta hoy, en los pequeños restaurantes chinos de la calle López y

³¹ Díaz del Castillo (1968), II, p. 313.

³² Joaquín García Icazbalceta, *Juan de Zumárraga*, t. III, México, Porrúa, 1947, pp. 281-287.

los establecimientos más pretenciosos de la avenida Insurgentes Sur y de la Zona Rosa.

Como si la ciudad no estuviera suficientemente saturada de exotismo, las autoridades se metieron en la cabeza que había que introducir la cerveza europea. El vino era muy caro pues había que importarlo, con altos costos, desde la lejana Castilla. En cambio, la cerveza se podía fabricar en la misma ciudad de México desde 1540, para satisfacción —se decía— de indios y españoles. ¡El azar quiso que la cerveza y la imprenta comenzaran al mismo tiempo y en el mismo lugar su carrera americana! El virrey Antonio de Mendoza servía cerveza en su mesa para popularizar su consumo, y se pretendió que a los indios les gustó más que sus bebidas habituales. Aunque fuera más o menos cinco veces más barata que el vino de España, la cerveza siguió siendo una bebida costosa, a falta de una producción y de un consumo suficientemente importantes. En 1544, la cervecería de México sólo tenía una caldera, cuando hubiera sido necesario hacer funcionar una centena.

La cerveza perdió la partida. Adeptos y adversarios se enfrentaron. ¿Cómo iniciar a los españoles, acostumbrados al vino, en la nueva bebida, aun cuando su emperador, Carlos V, hubiera nacido en Flandes? Por más que los flamencos establecidos en la ciudad de México dieron argumentos financieros y aconsejaron a la municipalidad aprovechar esta industria naciente, de la que hasta entonces sólo el emperador era beneficiario,³³

³³ Paso y Troncoso (1939), IV, pp. 76, 77. Sobre el consumo de pulque, Sonia Corcuera de Mancera, *El fraile, el indio y el pulque. Evangelización y embriaguez en la Nueva España (1523-1548)*, México, FCE, 1991.

la cerveza, demasiado nórdica, no convenció a los bebedores españoles. Habrá que esperar hasta el siglo XX para que el partidario de la cerveza pueda consumir, en tierra mexicana, excelentes bebidas oscuras, rubias o ámbar —Negra Modelo, Noche Buena, Bohemia...— que resisten la comparación con las mejores producciones de Bélgica y Alemania.

La visita a los mercados de la ciudad de México evocará, aún más, las mezclas que la gran ciudad favorece. Los tianguis —y particularmente los que ocupan la plaza de San Juan y la de Tlatelolco— ofrecen experiencias memorables, cuyo equivalente no existe más que en las orillas de la India y en los puertos del Lejano Oriente frecuentados por los portugueses. La plaza de Tlatelolco es un inmenso cuadro rodeado de pórticos, la casa del gobernador, la cárcel y el monasterio de San Francisco. Cervantes de Salazar calculaba que cada plaza podía recibir a unos cien mil visitantes. Los mercados de la ciudad de México rebosan de colores, olores desconocidos, sabrosa comida y objetos sorprendentes. Ahí se codean productos antiguos y nuevos, como los parroquianos, quienes reflejaban, con su diversidad, el carácter heterogéneo de la población de la ciudad.

Acuden a este tianguiz de todos los pueblos de la laguna, de manera que se viene a juntar tanta gente que apenas se puede andar a caballo ni a pie en él. Finalmente son tantos los contratantes, que no oso decir el número, porque parecerá fabuloso al que lo oyere y no lo hubiere visto, por cierto no hay hominiguero de tanto bullicio como acude de gente a este tianguiz. Vienen también a comprar a él, y otros a ver, muchos españoles y españolas. Los

que venden, las más son mujeres; debaxo de tendejones tienen las mercadurias puestas en el suelo, y cada uno conoce y tiene su asiento sin que otra se lo tome.³⁴

La organización de los puestos sigue fiel a la costumbre india, por lo demás compatible con las costumbres ibéricas: cada mercancía tiene su espacio y cada oficio su ubicación. Hasta mediados del siglo xvi, los comerciantes indios siguen muy activos, manteniendo redes que ligaban a los mercados de la ciudad de México con los del valle, así como con las nuevas regiones mineras del norte (Zacatecas) y del sur (Taxco).³⁵ Después, su importancia decayó frente a la intrusión de mercaderes españoles, mestizos y mulatos. Esta nueva presencia modificó progresivamente las prácticas ancestrales. Las mantas de algodón y las semillas de cacao siguieron sirviendo como moneda, pero la rivalidad con el real y el peso, las monedas españolas, comenzaba. Durante el siglo xvi, las palabras castellanizadas designaban la nueva especie metálica se volvieron tan comunes que los indios las integraron a su lengua: el náhuatl adoptó *tomín* (un octavo de peso) y *peso* como si fueran términos indígenas. En sentido inverso, la práctica del mercado era tan universal que los españoles emplearon la palabra *tianguiz* (de ahí *tianguis*)—del náhuatl *tianguiztli*— para nombrar a ese lugar de trueques y negocios.³⁶

El mercado refleja la imagen de la nueva sociedad, con sus oficios importados de España. "Hay en el mer-

³⁴ Cervantes de Salazar (1985), p. 309.

³⁵ Zavala (1982), p. 214.

³⁶ Lockhart (1992), pp. 177-178, 191.

cado estuferos, barberos, cuchilleros y otros que muchos piensan que no los había en esta gente".³⁷ Los clientes se proveen de mercancía local, como maíz, fabrico o cestería. Pero adquirieron también productos de origen europeo que, muy a menudo, ya son producidos por los indios: pan, sombreros, cinturones de cuero, jabón, guitarras, velas, camisas.³⁸ Es posible encontrar sastres indígenas especializados en arreglar trajes europeos: "Tienen por costumbre de remendar calzas y sayos y jubones".³⁹ Y vendedores de ropa europea cuyo uso se extiende entre la población indígena: mediados del siglo xvi la camisa con botones se ha vuelto un artículo cotidiano, mientras que los pantalones se difunden más lentamente. Mezcla de préstamos y tradiciones, el vestido del indio de la ciudad es el reflejo de un nuevo entorno urbano, heterogéneo, híbrido. Muchas veces está cargado de una referencia silenciosa al rigor de los tiempos. Las viñetas del lujoso manuscrito ilustrado conocido bajo el nombre de *Cáncer florentino*, muestran a los artesanos indios llevando camisa, pantalón y cuello a la europea, mas todos están vestidos de blanco, el color indígena del mundo de los muertos; tal vez una manifestación del duelo experimentado por una población vencida.

No obstante, en los mercados lo antiguo está lejos de haber desaparecido. Ahí, los curanderos ofrecen sus conocimientos con tanto éxito que el virrey les reconoce el ejercicio de su arte con pleno derecho.⁴⁰ Las

³⁷ Cervantes de Salazar (1985), p. 313.

³⁸ Lockhart (1992), pp. 187-188.

³⁹ Zavala (1982), p. 234.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 231.

hierbas medicinales despertaran el interés de los españoles, siempre en busca de remedios milagrosos: “[Sus médicos] curan con cosas simples y dellas saben maravillosos secretos. Hacen y han hecho en algunos de los nuestros curas muy señaladas”. Hay que ver, también, esos extraños animales que describe con complacencia el cronista Cervantes de Salazar:

culebras sin cola y cabeza, perrillos que no gañen, castrados; topos, lirones, ratones, lombrices, hormigas grandes tostadas, y éstas por mucha fiesta. Con redes de malla muy menuda barren, a cierto tiempo del año, una cosa muy molida que se cria sobre el agua de las lagunas de México, y se cuaja, que no es hierba ni tierra, sino como cieno; hay dello mucho y cogen mucho, y en eras, como quien hace sal, lo vacían y allí se cuaja y seca; hácenlo tortas como ladrillos, y no sólo las venden en el mercado, mas véndelas fuera de allí, llevándolas más de cien leguas la tierra adentro. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcito de sal que con chilimoli es sabroso....

En los puestos se alinean también recipientes de todos tamaños repletos de “atole, mazamorra, que son como poleadas hechas de atole, de maíz y de otras cosas”.

Los mercados de la ciudad de México son crisoles humanos en los que la vida urbana se modela. Ahí, el papel de las mujeres, y de las indias en particular —igualmente presentes en las cocinas españolas y muchas de ellas asiduas a los tribunales—, sigue siendo preponderante, mientras que el mundo de los intercambios letrados y de los contactos institucionales es esencialmente masculino. Una anécdota refleja la considerable iniciativa que las indias de la ciudad de Méxi-

co manifiestan en todas las áreas: cuando interrogan a un indio para saber cómo se llama, muchas veces es la mujer quien responde en su lugar.⁴¹

Fuera de los mercados, los vendedores de comida pulían en cada espacio libre, esquina, portal, terreno baldío... Cervantes de Salazar se encuentra tan encantado y asombrado con ello como los turistas de hoy: vale más verlas que contarlas”. Esos indios ofrecen una gran variedad de comida, de carne, de pescado cocido o asado, servidos “en pan, pasteles, tortillas; huesos de diferentes aves”; maíz “cocido y en grano y en mazamorra que se vende juntamente con habas, frijoles y otras muchas legumbres; frutas, así de la tierra como de las de Castilla, verdes y secas en gran cantidad”. Los olores dulzones sorprenden al español acostumbrado al tufo de la grasa de puerco. Sin embargo, sabe apreciar tanto la miel de abeja como la que es extractada del agave, antes de dejarse tentar por todo género de aguas de frutas.⁴²

CABALLOS Y TOROS

Los indios de la ciudad de México descubren algunas diversiones europeas a las que muy pronto se aficionan. El *art de vivre* de los ocupadores se expresa con particularidad en los festejos colectivos que periódicamente reúnen a la ciudad española, aunque algunos franciscanos rigoristas no están muy saúsfechos, como el arzobispo Zumárraga. Esas distracciones alejan los

⁴¹ K'illig (1995); Gómez de Cervantes (1944), p. 135.

⁴² Cervantes de Salazar (1985), p. 313.

malos pensamientos, calman las fricciones y sobre todo ocupan el horizonte, a veces sombrío, de la conquista.

El placer de la equitación ayuda a olvidar la lejanía de España, recreando una atmósfera cercana a la de las ciudades de la Península. Ricos o pobres, monjes o soldados, hombres o mujeres, los vencedores son unos apasionados de los caballos. La calidad del maíz y del forraje que se consume en México explicaría la belleza de las monturas que caracollean en la ciudad. Privilegio y símbolo de los invasores, el caballo es, por excelencia, la expresión del modo de vida ibérico, su signo de identidad social; en suma, una referencia viva de España y, para algunos, de la tierra andaluza. No es sorprendente entonces que la caballeriza de Luis de Velasco padre (1550-1564) sea digna de un príncipe y que el virrey se complazca organizando carreras en que participan cortesanos y élites locales. Los días de fiesta se los lleva el que exhiba la montura más bella, la más hermosa brida. El genitío obstruye las calles a tal grado que los caballeros padecen para hacerse un camino. Los más adinerados participan regularmente en los torneos llamados cañas, justas y sortijas. Las carreras de caballos parten de Tlaxelolco y desembocan en la plaza mayor; también hay ruas más cortas reservadas a las damas, cuyas hazañas son recompensadas con joyas. Los nobles indios no se quedan atrás. Para imitar a quienes los vencieron e hispanizarse más, éstos se apresuraron a obtener el derecho de montar a caballo y adquirir monturas.

Casi tanto como el caballo, el toro encarna, para los conquistadores, un lazo propiamente físico con la Península Ibérica. Introducida poco después de la con-

quista, en cuanto hubo animales en edad de combatir, la corrida se impuso en la mayoría de los festejos. Con ella se festejaba tanto el nacimiento de un infante en la corte de Castilla, como la conclusión de un acuerdo con Francia o la llegada de un virrey. La primera corrida oficial tuvo lugar el 13 de agosto de 1529, para la conmemoración anual de la toma de Tenochtitlan en 1521. A manera de prólogo, la procesión del pendón envió a las autoridades de la ciudad en un desfile solemnemente de tradición castellana, y más lejanamente borgoñona de las fiestas del Renacimiento. Poco después, la municipalidad puso siete toros para la corrida y luego ofreció los restos a los monasterios y hospitales.

Apreciada por toda la población, incluidos los indios, la corrida sigue siendo hoy uno de los entretenimientos más populares de la ciudad de México. En el siglo xv, los aficionados traían animales de la provincia septentrional de los chichimecas: eran animales "es cogidos y bravísimos" que nunca habían visto hombre alguno. La corrida tenía lugar en una arena temporal montada cerca de la catedral. Algunos indígenas participaban en el espectáculo. Una orquesta de músicos indios —trompetas, sacabuches, chirimías y timbales— acompañaba el desarrollo de la corrida, con lo cual contribuía a darle un toque mexicano, y había toreros indígenas que se presentaban en la arena, muchas veces jugándose la vida.⁴⁹ La corrida tomó tal importancia que el más mínimo incidente se volvía un asunto de Estado. En 1554, como el lugar ocupado por los toriles y la tarima invadía el terreno de la catedral, la

⁴⁹ Zavala (1982), p. 378.

Iglesia se molestó. El arzobispo Montúfar protestó ante el Consejo de Indias y denunció lo que a sus ojos era una profanación.⁴⁴

Al margen de las corridas urbanas, reuniones más íntimas estaban reservadas a los conquistadores, los notables y la gente que rodeaba al virrey. Los sábados, el virrey Luis de Velasco acostumbraba ir al bosque de Chapultepec, donde mandó construir una plaza para él. Una centena de caballeros lo escoltaban y comían con él.⁴⁵

VIOLENCIA URBANA

La nueva sociedad urbana fabricaba cantidad de excluidos que respondían con la violencia a la represión española y a todas las formas de dominación colonial. Si ésta creó modos de vida compartidos, la dinámica del mestizaje no abolió ni las diferencias ni los abismos sociales. En realidad, esa dinámica era perfectamente compatible con una sociedad estrictamente jerarquizada donde las dos comunidades oficialmente reconocidas —españoles e indios— coexistían con esclavos africanos y la gente de sangre mixta.

Al caos de los primeros tiempos le sucedió un equilibrio que los contemporáneos percibían como precario. Muchos españoles tenían la convicción de que en cualquier momento los indios podían ahogar la ciudad al manipular las compuertas que contenían el agua del lago de Texcoco. Después el miedo a una rebelión negra se agregó a la obsesión de la revuelta india. Mien-

do que quisieron conjurar durante algún tiempo casando a los esclavos. Desde mediados del siglo xvii, el aumento de negros, mestizos e indios latinos —es decir, hispanizados— inquietó tanto al arzobispo de la ciudad de México que éste propuso que se construyeran cuatro grandes torres fortificadas alrededor de la futura catedral. Primero alimentada por la amenaza india, la fiebre del asedio tenía otras razones de ser.⁴⁶ Los pudientes de la ciudad temían, por encima de todo, una conspiración de los excluidos que se cumpliría por la unión sagrada de indígenas, negros y mestizos. Ello no era más que un fantasma. Desde los años de 1550 los negros y los mestizos "infestaban" las alturas de Cuajimalpa, los alrededores de Coyacán y de Tacuba, asolando los caminos que llevaban a la ciudad de México.⁴⁷ Los errantes en crisis comunitaria —indios desarraigados, mestizos sin hogar, mulatos, esclavos huidos— trasladaban su agresividad sobre los más débiles. Las fuentes rebosan de quejas presentadas por indígenas despojados. Mestizos, mulatos y negros trataban de imponer su ley sobre los mercados indios. Cuando venían a la ciudad de México a vender su mercancía o a exigir sus derechos, los autóctonos caían en las garras de intermediarios mestizos que les robaban o les arrebataban su dinero. Mulatos y negros los secuestraban y los obligaban a trabajar en vez de ellos en las casas españolas, donde tenían que barrer los patios y limpiar las caballerizas. Otros los encerraban en fundaderías y en talleres de donde no volvían a salir más que muertos o minusválidos.

⁴⁴ Paso y Troncoso (1940), vii, p. 307.
⁴⁵ Suárez de Peralta (1949), pp. 99-101.

⁴⁶ Paso y Troncoso (1949), vii, pp. 305-306.
⁴⁷ Zavala (1982), p. 274.

En esa época, la explotación de la mano de obra —india, mestiza y negra— no necesita ser clandestina para ser salvaje. El obraje es un taller-prisión donde se amontonan, en la oscuridad, la mugre y la humedad, obreros famélicos que viven en la más completa promiscuidad, separados de sus cónyuges, sustraidos al control de la Iglesia y privados de toda libertad de movimiento. Ahí gobierna la ley del látigo, ejercida por los capataces. El obraje del siglo XVI produce pan o textiles a unos costos que desafían cualquier competencia. En 1604, la ciudad cuenta con veinticinco obrajes de mantas y de sayales y diez de sombreros que emplean hasta ciento veinte indios, quienes reciben, en principio, tres comidas al día y de tres a cuatro pesos al mes. Los alrededores de la ciudad no escapan a esta protoindustrialización: se cuentan entonces veinte obrajes de mantas que funcionan en Tacuba y Azcapotzalco.⁴⁸ El paraíso exaltado por el poeta Bernardo de Balbuena disimula infernos poco apetecibles.

Sin quererlo, estos obrajes sirven también como centros de aprendizaje de las técnicas europeas. Ahí, los indios se familiarizan con el arte del hilado y del tejido de la lana; también manejan nuevas herramientas empleando, por ejemplo, el gran telar para el trabajo del algodón, en vez del pequeño telar de cintura, desde entoces confinado al hogar indígena. Pero estos indios también experimentan, al lado de mestizos, negros y mulatos, una organización del trabajo en completa ruptura con las costumbres antiguas: desprovista de sentido a sus ojos, la tarea que se les impone no tie-

ne ninguna relación con las necesidades de la comunidad; obedece más bien a los imperativos de la rentabilidad, que priman sobre cualquier otra consideración, sea religiosa. Sordos a las incascentes advertencias del legislador, los patronos agitan el cebo de un salario muchas veces ilusorio —en el mejor de los casos pagado en especie, a pesar de que la ley estipula un pago en efectivo—, aunque no dudan en mezclar a trabajadores libres, o supuestamente libres, con reincidentes, deudores y esclavos.

Los eclesiásticos protestan alto y fuerte contra esos abusos y los virreyes tratan de proteger a la mano de obra. Denunciados ante la corona, estos excesos causan una impresión aún mayor en la "conciencia cristiana" del monarca de la India, sobre todo porque los comerciantes de la metrópoli comienzan a alarmarse por el desarrollo de una industria americana contraria a sus intereses: sus exportaciones sufren con esa competencia local. Pero los escrúpulos de Madrid y las presiones del negocio castellano pesaron menos que los intereses de los mercaderes mexicanos y la fuerza de la corrupción.

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

La ciudad del Renacimiento vive todo el tiempo bajo la amenaza de las epidemias. Ello es verdad en Sevilla, en Nápoles y en la ciudad de México. Desde los primeros años, la sífilis hace estragos entre los españoles, difundiendo en la locura o la degradación a esos cuerpos rendidos por combates y expediciones. Pero en América y en la ciudad de México las epidemias ad-

⁴⁸ Aci, *México* 26.

quieren una dimensión apocalíptica que no tienen en el Viejo Continente. Éstas atacan encarnizadamente a los indios, llevándose regularmente su cuota de víctimas. Esta diezma continua de la población autóctona modificó la fisonomía urbana: con el paso de las décadas, los indios dejaron de aparecer como una masa inquietante para volverse un grupo cada vez más insignificante, como si estuvieran destinados a una extinción temprana. Las cifras enumeran el avance inexorable de la ciudad de los muertos. Las grandes epidemias de 1545-1548 y de 1576-1581 sólo fueron las fases más espectaculares de un descenso continuo, que la inmigración atenuó sin compensar. La ciudad contaba con veintemil tributarios en 1560; no eran más que diez mil en 1569 y alrededor de siete mil cuatrocientos doce años más tarde. Si se multiplican estas cifras por 4.5 —un tributario representa, en promedio, a una familia de más de cuatro personas— la población indígena experimentó un descenso de noventa mil a treinta y tres mil trescientos habitantes, es decir, una reducción a la tercera parte en menos de veinte años. En 1592, Santiago Tlatelolco había perdido la mitad de sus habitantes.⁴⁹

El derrumbe tuvo consecuencias incalculables sobre la vitalidad de la ciudad india: menos numerosa, incapaz de transmitir sus tradiciones y costumbres, ésta tuvo que abandonar, aun contra su voluntad, sus espacios deshabitados a la codicia de españoles y mestizos. Las “pestes” de 1545-1548 exterminaron a la primera generación de indios nacidos después de la conquista. En

algunos meses, las epidemias borraron la experiencia acumulada por quienes fueran los primeros —desde su infancia hasta el alba de su madurez— que aprendieron a adaptarse a la sociedad colonial. Con ellos desaparecieron también muchos representantes del antiguo régimen, portadores de conocimientos, técnicas y creencias que nadie sabría restaurar. La ciudad india perdía su memoria viva. El franciscano Sahagún recuerda haber enterrado en ese entonces más de diez mil cuerpos y haber escapado por poco a la muerte.⁵⁰ Al cabo de la pestilencia díome a mí la enfermedad y estuve muy al cabo.”

La epidemia de 1576 diezmó a los estudiantes del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, minando la experiencia pedagógica que los franciscanos dirigían en ese lugar. Los códices indígenas registraron la catástrofe: “En agosto estalló la peste, la sangre salía por las narices, los frailes nos confesaban y nos dieron permiso para comer carne, los doctores no curaban”. El drama no afectó indistintamente a los españoles; tampoco a los administradores ni a los médicos y los poetas. La enfermedad inspiró un coloquio al poeta González de Estrella en el cual dialogan, uno tras otro, el Placer y la Pestilencia, el Remedio y la Salud. Para la celebración del Corpus Christi de 1577, un carro alegórico desfiló representando la enfermedad que los indios llamaban *cochitli*.⁵¹ Había que recordar que la espantosa enfermedad venía del cielo y que sólo él podía remediarlo.⁵² El carro fue tan notable que le valió un premio de veinti-

⁴⁹ Enrique Florescano y Elsa Malvido (comps.), *Ensayo sobre la historia de las epidemias en México*, 1, México, 1982, pp. 212, 225-230.

tinco pesos de oro a su autor, Juan de Valladolid. El arte y la epidemia trababan relaciones que la ciudad golpeada por el sida redescubrirá cuatro siglos más tarde.

Los hospitales no podían hacer frente a males que la medicina de ese tiempo no curaba, que apenas calmaba, y a los cuales favorecían las malas condiciones de vida de los habitantes indígenas para extenderse. Éstos iban a curarse a una institución que les estaba destinada: el Hospital Real de los Naturales. Sus ingresos provenían del tributo que los indígenas daban; más tarde aumentaron con las ganancias que dejaban las representaciones teatrales que se daban en su recinto.

A principios del siglo xvii, el proyecto de las "dos repúblicas" había fracasado. La república de españoles prosperaba mientras que la de indios parecía fundirse como la nieve del Popocatepetl bajo el sol de mayo. El desequilibrio no provenía solamente del decaimiento de uno de los miembros de esta ciudad bicéfala, sino del surgimiento de gente que rompía irreversiblemente la homogeneidad de la ciudad española. Esta fragmentación del tejido social parece hacer eco al pluralismo de la ciudad manierista, sin que sea posible discernir un lazo entre los dos fenómenos. El manierismo mexicano es producto del Renacimiento europeo trasplantado en tierra americana; la explosión de la ciudad es la resultante de mezclas humanas mucho más complejas debido a una catástrofe humana propia del Nuevo Mundo.

N. INDIA, ESPAÑOLA, NEGRA Y MESTIZA

Dr. BALBUENA A SIGÜENZA Y GÓNGORA, de Marco Alemán a sor Juana Inés de la Cruz, las élites del siglo xvii se entregaron a las seducciones de la ciencia, la poesía, el teatro y con menos frecuencia a la sátira. Manierista, después barroca, singular y brillante, la ciudad de México aprendió a vivir al ritmo de la urbe y de la corte, como sucedía en otras ciudades de Europa y del Siglo de Oro.

Sin embargo, bajo la ciudad de los artistas y los letrados, a unos cuantos codos de profundidad, se hallaba la capa de agua que descomponía los féretros, pudría los cadáveres y devoraba los cimientos de las iglesias. Esta imagen nos remite tanto a un peligro siempre inminente como a las imprevisibles consecuencias de la mezcla humana. Ni la pompa del catolicismo romano y del Santo Oficio ni los fastos del palacio podrían borrar el hecho de que la ciudad de México no era una ciudad europea. La muchedumbre que se extasiaba frente al juego de los retablos y el esplendor de los fuegos artificiales se asemejaba más a un mosaico étnico que a la plebe de las ciudades de Europa; era gente que evolucionaba al margen de la ciudad y de la corte. Todo ello preocupaba a los poderosos, para quienes varias veces la amenaza del agua y el peligro de las calles se volvieron una pesadilla. Dos rebeliones —1624, 1692— y una inundación destacaron en el siglo xvii mexicano